

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 232
ISSN: 0188 - 381X

ESTRUC
TURAS





punto
de partida

No. 232

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Redacción: Fabián Espejel
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

MARZO — ABRIL

EDITORIAL

SUERTE

CARRUSEL

TINTA SUELTA

Editorial 5

¡Menuda suerte ser agua de fuente! Mar Adentro 8
La ciudad-suerte. Mónica Vázquez-Sámano 9
Trayectos. Carmen Macedo Odilón 11
En la inmensidad. Leonor Courtoisie 14
El horóscopo del afortunado. Pablo Hoz 16
Posibilidades de Teresa. Leonorah Izher 18
Un autobús atrapado. Pablo Rodríguez 24
Suerte. Casandra Cruz Vázquez 26
La rueda de la fortuna. Luis Fernando Rangel 28
Dos pájaros de un pedrazo. Erick Hernández Morales 30
Media suerte. Alondra Alonso 38
La buena suerte en la escritura. Ulises Flores Hernández 40
La monja. Eduardo Paredes Ocampo 48
Rituales. Gael Montiel 51

Suerte de cuatro. Sandra Valeria Rodríguez Cid 54
*Almudena Grandes. Una conversación
con Clemente Guerrero* 55
Lotería de Artistas. El azar, la suerte y el empeño.
Uriel de Jesús Santiago Velasco 62
La suerte de los libros. Ofelia Ladrón de Guevara 68

La piedra del bosque. Muy Kuay Nicolai Lee 71

Colaboradores 75



© Diego Saavedra

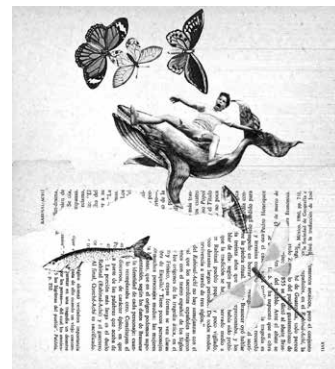
Priscilla Alexa Macías Mojica (Tijuana, 1992). Licenciada en Relaciones Internacionales. Estudia la maestría en Historia en UABC. Ha publicado su trabajo fotográfico en *Revista Común*, *Hipérbole Frontera* y *Encartes*, siendo, en esta última, una de las ganadoras de la convocatoria fotográfica “Intervenciones performáticas disidentes en los espacios públicos”.



CONTRAPORTADA



Alba López (Querétaro, 1994). Estudia la licenciatura en Educación Primaria en la CBENEG. Ensayista y cuentista, se dedica a la investigación sobre temas de Educación. Ha cursado los diplomados en Historia del Arte y Literatura y Creaciones Literarias en la FFYL UNAM. Colabora en proyectos de alfabetización por parte de la UAQ.



Editorial

La suerte no tiene una única forma. Se aparece, buena o mala, y sabemos que está ahí. Ninguna explicación causal la sustituye porque siempre llega acompañada de un halo de sorpresa, aunque, irónicamente, nunca dejamos de estar a la espera de su visita.

La SUERTE llegó a esta edición como lo hace en la vida: en dosis breves —la mayoría de los textos son cortos— y con caras misteriosas. En algunas colaboraciones tiene una máscara de amuleto, en otras de azar, de superstición o de casualidad. Pero también hay quienes hablan de ella como algo que se atrae o, en la otra cara de la moneda, como algo que se padece, según la circunstancia que la rodee.

Iniciamos el *dossier* con un cuento breve de Mar Adentro, titulado “¡Menuda suerte ser agua de fuente!”, en el que la mirada de la autora transforma un ciclo natural en un encuentro maravilloso. Le sigue el poema “La ciudad-suerte”, de Mónica Vázquez-Sámamo, cuyos versos encarnan un vaivén atravesado por la añoranza y la búsqueda incesante del hogar. Carmen Macedo Odilón continúa la atmósfera citadina en “Trayectos”, un cuento que desenmascara la inseguridad que a veces pensamos como mala fortuna. Luego, en el ensayo “En la inmensidad”, de Leonor Courtoisie, un Montevideo solitario y veraniego es el escenario a través del cual “brota la voluntad invisible de que ocurra lo imprevisto”.

Nos transportamos a los cielos con los versos de “El horóscopo del afortunado” de Pablo Hoz, para quien incluso las diosas ponen en las manos del juego y del azar nuestro destino terrenal. Le sigue un cuento escrito por Leonorah Izher, “Posibilidades de Teresa” cuya protagonista tiene un extraño don para percibir eventos sobrenaturales. En “Un autobús atrapado”, poema de Pablo Rodríguez, un encuentro fortuito entre dos miradas revela el ir y venir de presencias invisibles.

Después, el ensayo “Suerte” de Casandra Cruz Vázquez es un recordatorio de que hay experiencias que desbordan las certezas de la racionalidad. Comparte este tono “La rueda de la fortuna”, de Luis Fernando Rangel, una serie de cuatro poemas breves que entrelazan rituales, desgracias y esperanzas. En su cuento “Dos pájaros de un piedrazo” Erick Hernández Morales baraja la buena y la mala suerte de un joven atrapado en un turbulento itinerario entre las apuestas, un paro estudiantil y las drogas.

Alondra Alonso nos lanza un volado con su poema visual “Media suerte” y, mientras la moneda sigue al aire, Ulises Flores Hernández busca en su ensayo la fórmula precisa entre una buena dosis de suerte y perseverancia como ingredientes para una escritura exitosa. La penúltima colaboración es el poema “La monja” de Eduardo Paredes Ocampo, que describe un hallazgo agrídulce entre la multitud. Finalmente



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

NARRATIVA
GRÁFICA

cerramos esta sección con “Rituales”, un cuento breve de Gael Montiel que siembra en nuestra mente la pregunta que nunca abandona a la suerte: ¿Por qué?

La primera parada del Carrusel es “Suerte de cuatro” una minificción de Sandra Valeria Rodríguez Cid que conjuga lo peor y lo mejor del destino en un pequeño ser. Le sigue un Heredades dedicado a Almudena Grandes: una breve entrevista realizada por Clemente Guerrero a la escritora cuando recibió el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska. A propósito de ello, van nuestros agradecimientos a Javier Martínez y a la Secretaría de Cultura de la CDMX por las imágenes de cortesía. En Entre Voces publicamos una entrevista de Uriel de Jesús Santiago Velazco a la pareja de coleccionistas David Pérez Feregrino y Lola Izurieta, a propósito del proyecto Lotería de Artistas, una actualización del tradicional juego en manos de grandes artistas del país. En Bajo Cubierta Ofelia Ladrón de Guevara reseña *El infinito en un junco*, un ensayo de Irene Vallejo sobre los momentos más luminosos y oscuros de la historia del libro.

En Tinta Suelta, nuestra querida sección de cómic, tenemos “La piedra del bosque” en manos de Muy Kuay Nicolai Lee, una historia donde la mística de la naturaleza es la brújula del destino. Y, como siempre, agradecemos a cada artista que comparte su trabajo con la revista: a Cecilia Andrade, Priscila Alexa Macías Mojica y Alba López por las fotografías y los collages, y a Darío Cortizo, LIVO, María Fernanda Quiroz Lora y Pinking724 por los ingeniosos trazos de sus ilustraciones.

Parafraseando aquella famosa frase, que la (buena) suerte te acompañe, querida, queride, querido, lector. 🍀

Aranzazú Blázquez Menes





¡Menuda suerte ser agua de fuente!

MAR ADENTRO

Para Elvira

¡Menuda suerte ser agua de fuente! Rodeada de árboles, por la mañana, una fuente casi al centro de la plaza suelta cuatro chorritos de agua, caen en platos de piedra y después en el azul claro del abrevadero. Hilos de agua dulce y apacible bordan y desbordan los cuatro rumbos de la ciudad, apenas un rumor, pues la costumbre del oído se inclina por el repicar de las campanas. Al agua de la fuente de nada le sirve la luz diáfana cuando es el ir y venir domesticado de las aves lo que realmente la atraviesa. Impasibles trayectos de vuelo aterrizan en ella para

limpiar sus alas y sorber el agua. El culmen de todo: mirar el centelleo indigo en sus pechos.

El agua del mar, ¡vaya diferencia! Es ella la que rodea todo aunque parezca lejana, es la que da a luz cada día y revela, con ello, la multiplicidad de los rumbos. El mar está ahí, entero, en cada reventar de ola que se extiende hasta los indicios de la partida. Al mar es deber mirarlo primero, luego al cielo y al final, sólo hasta el final, a la gaviota. El mar no acepta la costumbre, la vida particular, los ecos menores; en cambio, entrega su embriagante expansión que es y deja de ser, que puede o no ocurrir. ¡El mar es la luz!

Pero si tenemos suerte, si aquello, si una parte de aquello se condensara en una nube con un dejo de sal y, con un poco más de suerte, viajara rumbo a la ciudad y esa agua se precipitara los primeros días de enero sobre esa fuente... Entonces, esa mañana oleríamos el mensaje lejano pero envolvente de la brisa marina: una niña en las aguas del mar salta las pequeñas crestas blancas, lleva en sus manos un ramillete de flores. Y pensaríamos con regocijo: ¡menuda suerte ser agua de fuente!



Darío Cortizo

Cortizo.



LA CIUDAD-SUERTE

MÓNICA VÁZQUEZ-SÁMANO

Suerte volver
como si la ciudad no se hubiera ido,
como si no hubiera abandonado
nunca a sus hijos.

Es mi plato en la mesa
que brilla cuando refleja
mi insomnio,
la luz el sinónimo
de estar vacío.

Duele mi cuerpo,
cansado, triste,
náfrago que no aprendió nunca
el camino para volver a casa
(aunque nunca tuvo una).

Mis pies son el destino,
la voluntad de caminar
mientras repito:
“Sí, debí nacer con suerte”.



Darío Cortizo

Cortizo.

Trayectos

CARMEN MACEDO ODILÓN

Parece de noche. Siempre me ha resultado penoso salir tan temprano para ir a clases y luego regresar antes del anochecer, como si fuéramos esclavos que trabajan de sol a sol.

Llego a la base de combis y la fila es larga por tantos otros que no duermen; a las cinco de la mañana ya están bañados, arreglados y apresurados. Apenas empieza el día y seguro que ya todos vamos tarde, pero ¿tarde a qué?, ¿a la chamba, a la escuela o a la vida?

Tres combis después me subo y voy al asiento del fondo para evitar ser el que alcanza los pasajes de los demás. No tan lejos de ahí, veo las ventanas de las casas cercanas al paradero, seguro que algunas personas apenas están despertándose y otras más andan en el sueño REM. Cuando estaba de vacaciones, a esta hora apenas me disponía a dormir o no, según lo que me ofreciera Netflix.

La combi ya está llena, una señora se sienta a mi lado y, tras arrancar el chofer, ella se recarga contra mí y su cabello húmedo me moja el hombro de la sudadera. No hago nada, al menos la mitad de los pasajeros también duermen. En medio de un ambiente que apesta a mezcla de perfumes, yo escucho música porque a oscuras no puedo leer.

Hoy es mi cumpleaños, en unos días iré a tramitar mi credencial para votar, aunque lo que menos haré con ella será eso. Quiero ir a los antros de Insurgentes sin tener que pedirle chance al de la entrada, billete en mano, ni tener que mandar a alguien más a comprar las caguamas.

La carretera a esta hora está congestionada, todos vamos del norte al centro, son casi tres horas extra de trayecto entre combis, metro y camiones para tomar una clase que empieza hasta las ocho. La señora de al lado se despierta, se disculpa y se baja, no respondo,



Cecilia Andrade. Hombre neón



me da envidia ver que muchos otros ya llegaron a su destino. Se sube un tipo, me empuja contra la ventana y cruza los brazos para dormirse.

El encierro en el viaje; más tarde en el salón; por la noche, en un cuartito de dos por dos. Ojalá se arme algo, unas chelas, unos becerros de las compañeras, y si no, la vieja confiable: seguro que, a mi regreso, mi mamá me tendrá un pastel, quizá dinero en vez de ropa, y todos me cantarán "Las mañanitas" aunque sea de noche. El tipo de al lado hurga en su ropa, sólo falta que se saque el pito, después de todo, no es la primera vez que sucede en esta ruta.

—Ya se la saben, gente... —hubiera preferido que sacara otra cosa, que me embarrara el pantalón si eso lo hacía feliz. Me quita el celular y los demás le entregan carteras y relojes.

Bonito cumpleaños, encerrado y a merced de un hijo de la chingada, un pinche huevón que le vale madres la vida de otros igual de jodidos... Pinche escuela lejana, pinches madrugadas ojetas, pinche pobreza que me va a tener quién sabe cuánto tiempo sin celular hasta que me pueda comprar otro, para dárselo a la siguiente rata.

Un señor sentado en la banca de en medio se le pone al brinco, me emociono, vamos a partirle su madre, y saldré en un video que se hará viral, todas las de mi salón se van a morir por mí y me voy a dar el agasaje del siglo. Se hacen de palabras, el señor le dice que no nos quiera ver la cara de pendejos con una pistola de juguete. La gente grita, el chofer amenaza con estacionarse, el ratero nos la mienta, yo ya estoy de pie para hacerle esquina al señor, jugándonosla mientras otros duermen, o tal vez soy yo el que sueña su ascenso a héroe.

El disparo dice más que cualquier grito, llanto y amenaza. El don se queda en el asiento y, de a poco, su cuerpo se resbala. Me quedo en mi rincón, el siguiente en la mira del tipo es el chofer.

La gente baja de la combi entre gritos, mi rostro está húmedo. Yo, hasta el fondo del vehículo, quiero romper la ventana y salir de ahí. Mis botas pisan el charco fresco y la sangre del señor se mete en cada rincón de mis suelas. No quiero verlo, pero mis ojos necesitan registrarlo para no cometer su error en el próximo asalto, me tallo las lágrimas, pero éstas son rojas, mi sudadera está manchada y la dejo en el suelo.

Es mi cumpleaños, me digo mientras entro al metro en playera, es mi cumpleaños, repito frente a un espejo empañado en el baño de la facultad. No tenemos la última clase y vuelvo a casa temprano. Los murmullos, las televisoras y patrullas se desvanecen ante mí como el recuerdo del señor de la banca de en medio al lado mío, como fragmentos de sueños que no recordaré cuando despierte.

Llego a casa y mi mamá apenas va a guardar el pastel que compró para la cena. La miro, qué fortuna poder verla una vez más, qué grande me parece el departamento y qué ganas de encerrarme en un lugar donde nadie me hará daño. Mis hermanitos ven la tele y corren a abrazarme

las piernas mientras me felicitan. Mi mamá pregunta cómo me fue y por qué llegué tan temprano. Ese afortunado "llegué" de un cuerpo que aún existe me apura a contestar:

—Bien, ma, hoy es el mejor día de mi vida. P



L.IVO. EDO MEX



En la inmensidad

LEONOR COURTOISIE

Salgo,
no hay más agujero,/hay un
mundo nuevo,/sigue igual de feo/pero
no lo veo tan mal.
tallo

No hay nada más sensual que una ciudad vacía en las noches de verano. Enero en Montevideo suele tener eso. El éxodo de la mayoría hacia el océano permite que los inmóviles habiten un espacio desconocido. La cartografía se modifica debido a la ausencia. Es un lugar común. Se parece a tener 20 años y vagar. Deambular toda la madrugada y no hacer nada. Ir con el objetivo de perderse.

Patti Smith, en su clásico *Éramos unos niños*, narra cómo decidía junto a Robert Mapplethorpe —cuando no tenían dinero, que era casi siempre— quién ingresaría al museo en el Nueva York de finales de los sesenta. Al salir, esa persona daría detalles de aquello que presenció. El relato biográfico puede generar un cariño por el ingenio que roza la romantización de la pobreza, y quizá lo sea, pero se asemeja a la percepción de andar paseando la época estival en las capitales.

“Nada está terminado hasta que tú lo ves”, había comentado Mapplethorpe en alguna oportunidad, apostando por una práctica lúdica que consiste en compartir una confidencia: la mirada. Y, como si se tratara de una obra subrepticia, una crónica más entre discos, libros, fotografías y pinturas, Patti y Robert repitieron la acción, acentuaron una coreografía de cuerpos que transitan: hicieron mantra de sus propias vidas.

Marzo sorprende y en el sur todavía es verano. Los días se amontonan. La acumulación de adoquines es ecológica. Se va descartando sin jerarquía la importancia de los sucesos. No existe una comparación aristotélica, la noche es dispersa y, aunque haya un principio y un final definidos, prima la divagación, la posibilidad de dar vueltas sobre lo mismo, o como escuché o entendí decir a la artista Leticia Skrycky, parafraseando a otra artista: se rodea un pozo, se rodea una profundidad incomprensible.

La noche y el paso a paso no necesitan interpretación alguna. Prima la percepción, las tensiones de un presente y la observación de cómo va primero un pie, luego el otro y así hasta que llegue la noche siguiente. En

la escritura que acontece al callejear, la intensidad del amor cuando dura dos días o el escuchar una canción una y otra vez, hay una búsqueda por sumergirse, dejarse llevar y propiciar el hecho. Ahí, en la espera de la interrupción, brota la voluntad invisible de que ocurra lo imprevisto.

Recorrer, reiterar; un hombre empuja un gran cubo de hielo durante más de nueve horas y lo deja derretirse por la ciudad. *Paradoja de la praxis 1 (a veces hacer algo no lleva a nada)* es un videoarte del belga Francis Alÿs realizado en México en 1997. Un año antes, su cámara enfocó una botella de plástico movida por el viento en *Si sos un espectador típico, lo que en realidad estás haciendo es esperar que suceda el accidente*.

Escultura en tránsito o instalación, Alÿs dispone, sin brújula, de un sendero preciso y sencillo. Abandonar es abandonarse, desistir a la supremacía de efectuar *sobre* para comenzar a *relacionarse con*. Es en los intersticios —esos lugares que quedan entre— desde donde emerge la maravilla. Confiar en la aparente inutilidad, elegir al azar, sentir cómo pega la luz blanca, recordar el amarillo de los años anteriores y errar, si es que justo esas son las calles iluminadas.

Un hallazgo, esas intersecciones que encontramos cuando no estamos buscando, como cuando te desorienta la oscuridad clara de los primeros meses del año y aparece la mejor esquina, el murito o la vereda donde achicar y abrirse al resguardo, es la música de tallo. En dos discos breves, *Vida absurda* (2020) y *Atropella2* (2021), Joaquín Menchaca (Tacuarembó, 1996) condensa la provocación de la adultez temprana, la cadencia de un caminar, el erotismo de un pueblo vacío.

El niño dibuja melodías pop de las tinieblas con la suavidad de la voz, juega, te habla y hace poesía. Las letras parecen revelarse en sucesivos desplazamientos, transportando imágenes o sombras de trillar cemento de un lado a otro. Detenerse en sus canciones es estar en movimiento; concentran la madurez que tienen los que escuchan, observan o se hacen pavimento.

Basta reproducir y adentrarse. Olvidar que enero se nos fue de las manos, saciar febrero que apenas termina y parece que nos engañaron, parece otoño. Pronto comenzará la distorsión lumínica del cambio de las estaciones. Atención, quedan todas las penumbras del año. Pero antes un pie, luego el otro, asumir que anochece tarde y se reduce la cantidad de horas ilimitadas para el peligro de ir hacia adelante. El cielo disponible es testigo de los trazos que dejan tras derramarse quienes se animan a suscitar la calentura en la inmensidad. **P**



El horóscopo del afortunado

PABLO HOZ

I

Las diosas juegan cartas:
el azar es un camino cultivado por estrellas
y mi sino es recoger
cada
fruto
cada
huella
y la suerte
que la luna en su elíptico destino
prodiga en sus facetas.

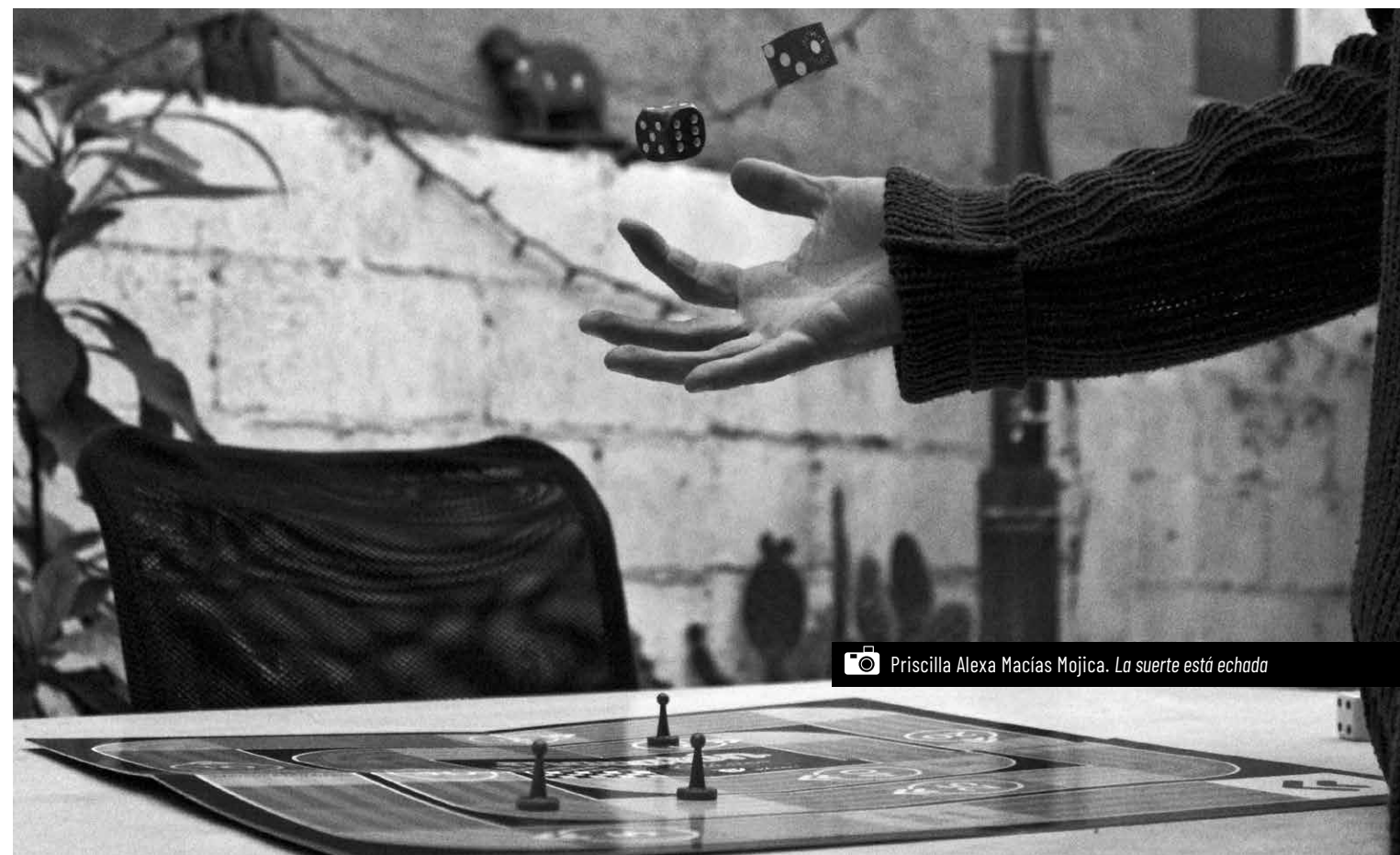
II


Las diosas juegan dados:
lanzan sus cometas
sobre el terreno lacustre del zodiaco;
las Parcas hilanderas
por los ojos de agoreras
gitanas
hablan
cuando éstas ven en los caminos de la mano
los surcos que el pastor de astros impone a los mortales.
Arcanos indomables:
La hoz y el loco para cada enamorado.



III

Las diosas juegan bingo
y también tiran las canicas,
planetas labradores de destinos,
en la tersura calendárica del cielo.
Mientras, nosotros sorteamos el camino:
interpretamos siempre su imperioso designio.
Y así vagamos, tal vez, como profetas,
examinando los celestes resplandores
con sólo la certeza de un asunto,
la fortuna nos alcanza en algún punto:
se enfrían porque nacieron
las reinas y emperadores
y hasta los chicos con suerte
bailan con la muerte.



 Priscilla Alexa Macías Mojica. *La suerte está echada*



Alba López. *Mi belleza es mi suerte*

Posibilidades de Teresa

LEONORAH IZHER

Teresa nació una madrugada no distinta a ninguna otra, dentro de una gama de eventos a los que no podríamos llamar sobresalientes. Lo interesante es que, desde su más tierna infancia, había contemplado hechos a los que sí podríamos conferirles una naturaleza irracional.

En una ocasión, durante su primer año de vida, Teresa vio con fascinación cómo un sapo fétido ponía un huevecillo deforme cerca de una alcantarilla, pero a su edad pocos balbuceos tienen sentido para los oídos adultos. No obstante, un mes después, no sólo ella, sino todo el vecindario contempló el nacimiento de una criatura terrible, producto de aquel huevo infernal, cuya parte superior era la de un gallo adulto y la inferior la de una serpiente. Los más ancianos, quienes ya habían tanteado por experiencia las aberraciones que podía traer consigo la vida, afirmaron que se

trataba de un basilisco, monstruo que, sin lugar a dudas, devoraría a todos los infantes de cuna al primer descuido de sus madres, ávido de sus suaves mulleras. Ante esta explicación, el barrio entero acordó la única salida obvia: apresurar sin remordimiento alguno la muerte de aquella infamia.

Otros incidentes igual de inquietantes ocurrieron en el transcurso de la niñez de Teresa, y ella simplemente los observaba impávida mientras los desacreditaban uno a uno, apenas pronunciando palabra, hasta que ni ella misma tomaba en serio sus visiones. Pese al semblante gris que adquirirían sus padres al escuchar los enigmas que hallaba en el mundo, había algunas historias que no dejaba en el olvido por su increíble gracia. Tal era el caso de las bromas que confabulaba el duendecillo que vivía en la maceta de su vecina. Este ser, digno de su lugar en el terreno de la fantasía, podía maquinar un sinfín de travesuras para mantener histérica a la pobre mujer de enfrente. Una de esas ocurrencias consistía en esconder las llaves por la mañana, y así lograr que todo se convirtiera en caos dentro de esa casa: el padre gritando porque se hacía tarde, los niños yendo de un lado a otro buscándolas, la vecina sin poder creer el número de copias que podían desaparecer. Más tarde, eran devueltas en lugares recónditos y la familia entera pasaba semanas encontrándolas dentro de sus zapatos o sobre el cojín del gato. Culpándose unos a otros, se decían sus peores fallas: la falta de memoria de la madre, la torpeza de sus hijos para atinar a encontrarlas y el malhumorado carácter de su esposo.

Otra anécdota que no había pasado inadvertida a sus ojos fue el momento en que la señora dedicada al cuidado de un gran número de perros platicaba con uno en particular y éste le respondió con frases humanas, tal como lo haría un hijo. Aquello no causaba ni la menor perturbación en el rostro de su ama, acostumbrada a la fidelidad abrumadora de la compañía canina.

A su lista debía añadirse la última vez que percibió a su tía Luisa, quien no estaba fría ni quieta en el sencillo féretro, como la vieron todos los demás al despedirla. Teresa la había visto marcharse horas antes con una sonrisa despreocupada, buscando la aventura que tanto se le había negado en vida. Fue simple casualidad que presenciara el momento justo de esta partida, aunque a ella ya le tenía sin cuidado toparse con estas excentricidades. Acaso porque para el ojo de cualquiera es un hecho lo que se ve, no tanto lo que el subconsciente murmura, de tal modo que la culminación grata de la vista transforma las líneas de color que divisamos en un amasijo repleto de sentido.

Teresa no era hija única, tenía dos hermanos, quienes, al igual que sus padres, estaban convencidos de su locura; a pesar de ello, solían reír y llorar juntos al ser regañados por alguna trastada, además de secundarla en sus historias en más de una ocasión, buscando irritar a sus mayores. Igual que el de muchos, el sino de aquellos tres había sido reinventado múltiples veces en la imaginación de sus padres de acuerdo con lo peculiar



de sus personalidades, esperando que tarde o temprano alguno de sus anhelos se hiciera realidad. Se comentaba, por ejemplo, que su hermano mayor poseía una naturaleza endemoniada, pues regularmente buscaba y encontraba problemas, pero desgraciadamente, al hacerles frente, nunca escapaba con éxito. La familia auguraba que un hijo con esas inclinaciones retorcidas no lograría nada, salvo alcoholizarse hasta morir, incapaz de superar su resentimiento. Sin embargo, esos augurios fueron sepultados cuando el joven, inesperadamente, dejó sus malos hábitos y logró graduarse de contador para velar por la familia. Nadie conocía el origen real de ese cambio, pero Teresa especulaba que tal vez había presenciado uno de aquellos milagros que a ella ya no la perturbaban. Impresionado o no, el asunto era que, gracias a su abundancia, no faltaría sustento.

En cambio, desde el principio, los padres habían puesto sus esperanzas de una mejor vida en la hermana mediana, cuya inteligencia y carácter perseverante le permitirían acceder a un mundo de cuantiosos beneficios. Infortunadamente, tales conjeturas se hicieron realidad sólo en parte. Nunca se puede apostar a la perfección en medio de la vorágine. La hermana consiguió graduarse como arquitecta y obtuvo un empleo no muy mal pagado, pero poco después se casó con un hombre perezoso, alcohólico, chabacano y de medias tintas cuya confiabilidad se reducía a sentir lástima por su ineptitud en todos los aspectos de su propia supervivencia. Lejos estuvo la bonanza de aquel día, cuando al salir de la iglesia, se despidió de sus hermanos.

Por otro lado, de Teresa nadie nunca esperó nada y así fue. Lo bondadoso de su carácter, sólo comparable con su infundado desequilibrio, le impedía arriesgarse, y una gran parte de su existencia se dedicó a percibir cómo cambiaba de rumbo, sin previsión, la vida ajena. Estaba atada a un destino que consistía en situarse en el momento adecuado para presenciar hechos caóticos y anormales. Tampoco es que estuviera inmóvil todo el tiempo, al contrario, pasaba su día cuidando a sus padres y asegurando que el hogar estuviera impecable. A cambio de ello, sus familiares no hacían muchas preguntas.

Aquella dinámica fue interrumpida de manera abrupta por un incidente en la buena estrella de la familia, que desencadenaría muchas tragedias más. Una mañana, el hermano fue encontrado muerto en su oficina. Se había colgado el día anterior, sin una explicación aparente, salvo el desorden en su escritorio, indicio de una silenciosa batalla consigo mismo. Sus pies, ya sin vida, pendían suspendidos, y su rictus mostraba un gesto desesperado y doliente. El padre, atormentado cada día por aquella visión, enfermó y falleció justo un año después, en medio de lacónicas frases.

Ante estos desoladores sucesos la precariedad económica no tardó en abalanzarse sobre ellos, lo que obligó a Teresa a dedicarse a la venta de periódicos, revistas y billetes de lotería en un pequeño local de lámina para mantener a su madre y a ella. No se puede negar que había un número



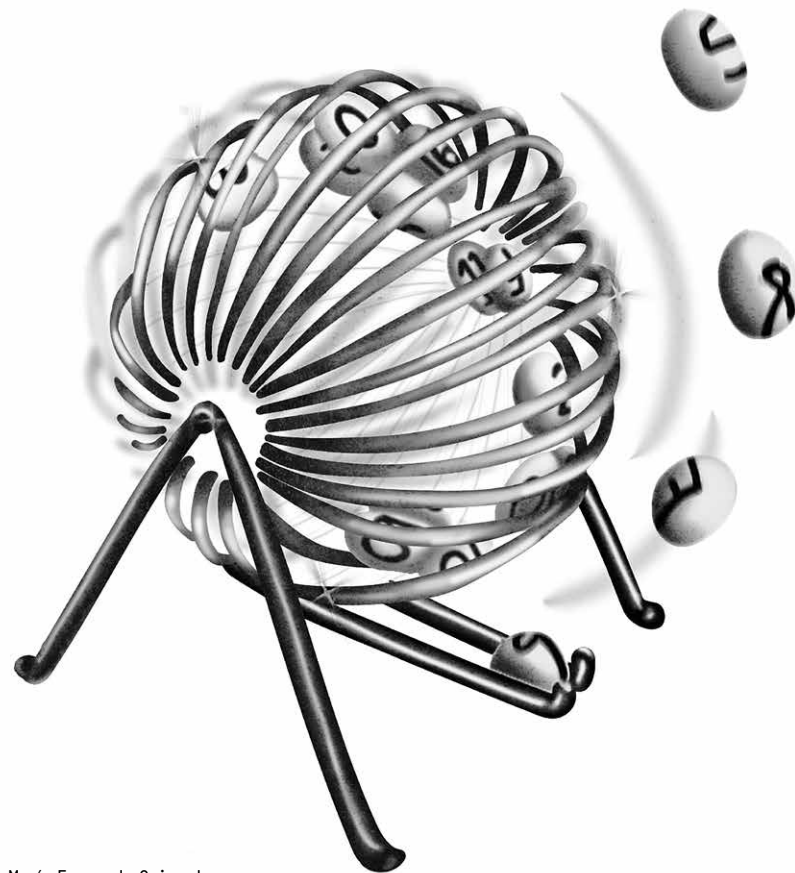
✍ María Fernanda Quiroz Lora

considerable de compradores que buscaban probar su suerte, pero el negocio sólo le dejaban cubrir lo básico y apreciar los días que, entre un pensamiento y otro, se topaba con seres antinaturales: niñas que obsequiaban dulces y desaparecían, ráfagas de luz sobre las viviendas, transeúntes de oscuros semblantes que daban la impresión de homicidas. Con todo, en una racha de ausencia de circunstancias extrañas, su hermana regresó acompañada de su hijo. Un niño rezongón y de gran apetito. Su marido la había engañado y la depresión la llevó a perder su empleo. El niño, por quien su hermana apenas sentía afecto, demandaba cantidades intransigentes de golosinas, por lo que ella decidió regresar con su rota familia y apoyarse de lo que fuera que aún se mantuviera intacto.

Teresa sentía un gran consuelo al tener a su hermana cerca. Después de su abandono, sabía con certeza que no se vuelve a encontrar lo que se ha perdido. A lo largo de su vida había contemplado portentos indescifrables: animales hablando como humanos, sapos pariendo basiliscos, duendes escurridizos en macetas e, incluso, en escenas más recientes, a un grupo de hombres y mujeres que se desprendían de sus extremidades y

salían volando con las alas que les crecían debajo. También había descubierto con ironía el revés de las cosas cuando el mundo se vaciaba, cada vez más, de procesos coherentes. No era extraño que los más crueles manejaran con los pies asuntos primordiales, que los idiotas tomaran el control de las masas o que la fortuna mostrara su buena cara con aquellos que menos se hubiera sospechado.

Fue quizá este análisis repentino en su conciencia lo que la hizo dejar de admirar por un instante la antinaturalidad de lo cotidiano y apretar con todas sus fuerzas el billete de lotería que compró (uno de los que vendía, sin haberse arriesgado antes a jugar). Sus ojos se concentraron en la comprobación de la numeralia del premio mayor; su frente y manos sudaban: 5, 8, 7, 9, los primeros cuatro números coincidían... ❶



✍ María Fernanda Quiroz Lora



✍ Alba López. De la serie *Subjetividad de la suerte*



Un autobús atrapado

PABLO RODRÍGUEZ

un niño dibuja a dios
con el vapor del vidrio
y dios no le responde

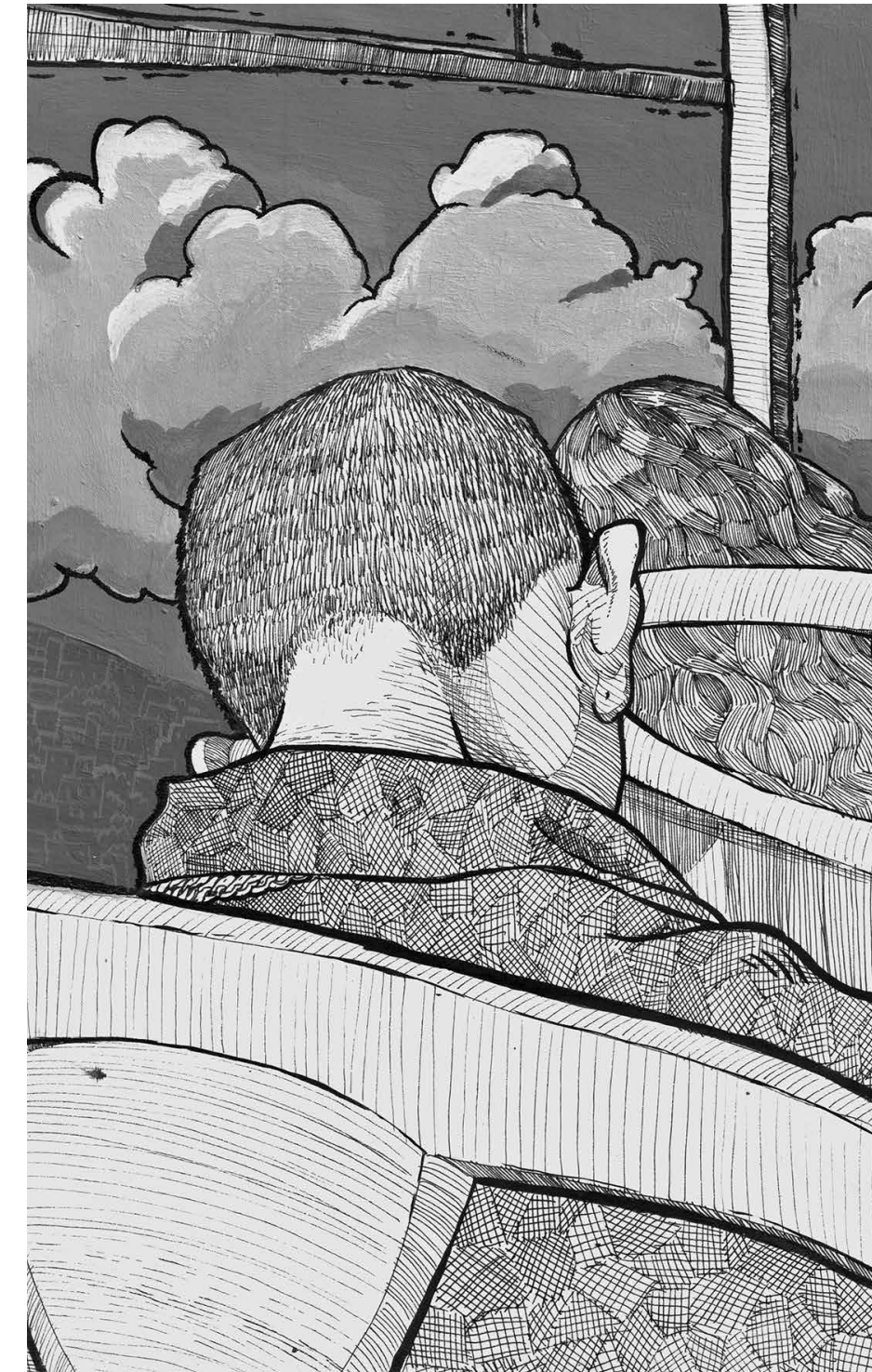
hace gotas empañando
el tráfico: enfrente
de sus letras alguien
le devuelve el saludo
y sonreímos
desde el interior

lo que no
decimos de niños
un día vuelve a la boca
cuando estás empañado

por eso pregunta *cómo*
llamas a las cosas
transparentes quién
apaga las luces
cuando mamá se queda
dormida

nos despedimos:
al dios nuestro
nadie lo borra

lo abandonamos
en el cristal



L.IVO. Transporte



Suerte

CASANDRA CRUZ VÁZQUEZ

No creo en la suerte. Mi padre me enseñó a creer en la razón numérica, en la probabilidad más que en el azar, en la constancia y persistencia más que en el favor divino. De la sucesión de puntos contiguos a la impecable línea, de la línea al cuadrado y luego al cubo y, finalmente, a la esfera. Me enseñó que si uno se gana la lotería es porque tiene habitualmente un boleto en el bolsillo, y si conoce un poema de corazón es porque lo ha repetido incansables veces o porque un padre bueno lo ha leído a su hija todas las noches antes de dormir.


Me enseñó también que la probabilidad se traduce en hábitos y que éstos, una vez adquiridos, son difíciles de borrar. Pero no hay maniqueísmos,

 Priscilla Alexa Macías Mojica. *Umbral herrado*

cada quién escoge los hábitos o manías que mejor le parezcan. Si uno elige la infidelidad o la santidad, la lleva siempre a cuestras, a menos de que un suceso seco y serpenteante sacuda su vida. Y aun así, a veces permanece igual. ¿Cuándo, en qué momento anida el hábito tan dentro de alguien? ¿Es hábito o personalidad? ¿Es conducta aprendida o forma deliberada?

A los 12 o 13 años mi padre me dio una libreta para escribir. Él escribió las primeras líneas y me pidió que continuara con ellas. Poco importan las palabras escritas, abrió ese espacio en blanco para mí. El acompañamiento entonces fue más independiente, casi como si buscara decirme en voz baja: ahora haz tu camino. Las noches y días de poesía a dos voces quedaron atrás. Luego vino el cine, los momentos de comprar palomitas y reír. Y ahora comprendo mi gusto por la poesía en voz alta, la exploración a través de la escritura y la experiencia cinematográfica. Ésas fueron sus tres constantes para mí. ¿Acaso fue suerte o destino que sea su hija o simple biología? ¿Somos extensión de nuestros padres o resultado de ellos?

No creo en la suerte por mi padre, pero como no soy huérfana de madre a veces sí creo en la suerte. A la razón numérica, geométrica, se le contrapone una razón intuitiva y sensible. Mi madre me dio ojos para ver la suerte de los momentos sencillos, aquéllos donde una conversación entre madre e hija conjura un nuevo lenguaje compartido. Su voz ha sido mi constante. Me dio ojos también para ver la suerte de la compañía, su mano, siempre su mano lánguida, imperceptible sobre mi espalda. Y ojos para ver a los otros, en una suerte de búsqueda por el propio autoconocimiento.

Y con esos ojos que me dio veo la caída del sol sobre los cerros y su reflejo en el agua. Y durante un minuto o poco más de un minuto, mis sentidos se hicieron presentes a los sonidos del entorno. Durante tal vez un minuto, mis oídos prestaron atención al graznido de los patos y ese solo sonido se aisló de todo lo demás. 



La rueda de la fortuna

LUIS FERNANDO RANGEL

Inconvenientes de la adivinación

Cuando era niño
aprendí a descifrar el andar de las hormigas.

Supe que cargaban el peso del mundo
cuando en la pared dibujaron una grieta
y la casa se cayó a pedazos.

Escritorios cerrados

Mi madre guarda en su escritorio
un juego de cartas que nunca aprendió a leer.

Nunca las puso sobre la mesa
para decirle a mi padre
que mi abuelo iba a morir.

Mi abuelo simplemente decidió morirse
y dejar en su escritorio un testamento pendiente
y la promesa de la resurrección.



Anuncio clasificado

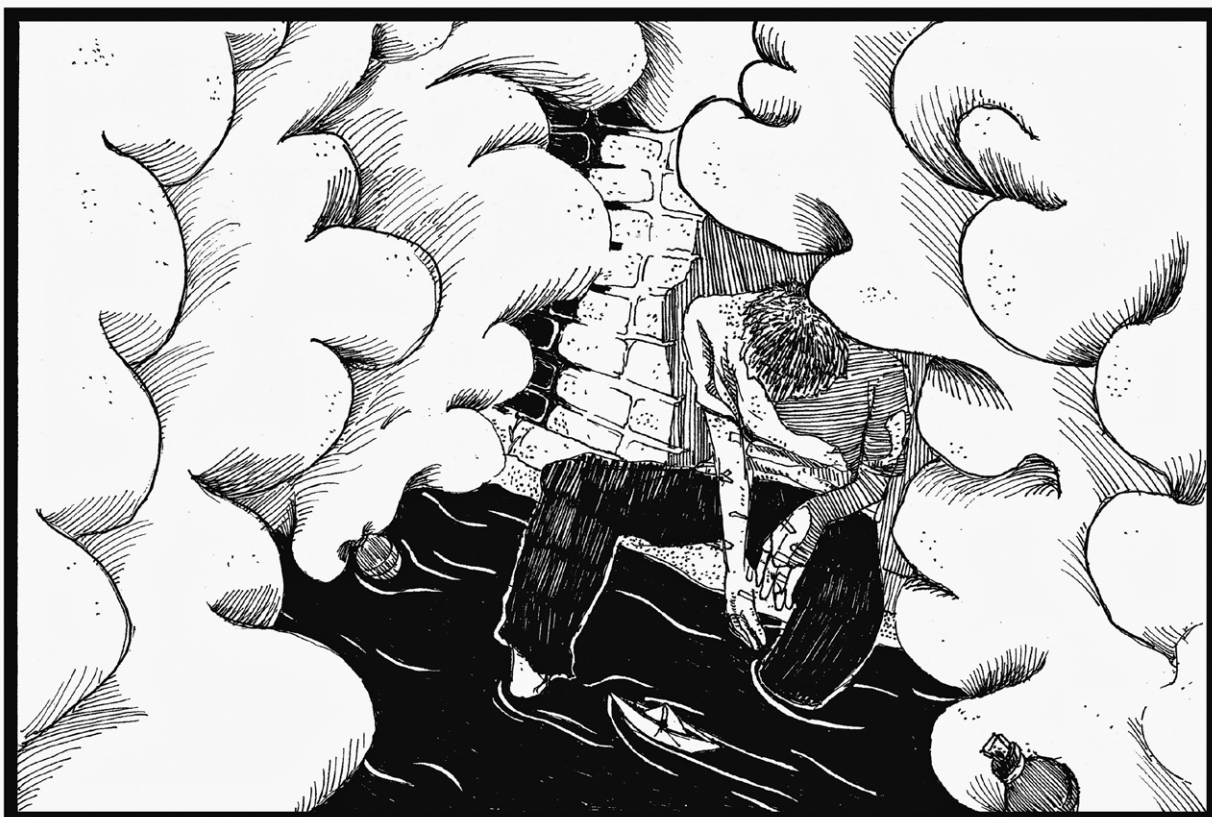
Leyendo el periódico encontré un poema:

*Se murió un vendedor de pianos
cuando trataba de subir uno al quinto piso
de un complejo departamental.*

El vendedor de pianos
odiaba a Schubert.

Escritorios abiertos

Guardo en el escritorio
una hoja en blanco
para los poemas
con los que habré de ganar
o no
algún premio.



L.IVO. Calle

Dos pájaros de un pedrazo

ERICK HERNÁNDEZ MORALES

Yo no fumo piedra. Siempre que la fumo me trae mala suerte. Apenas la semana pasada me volteó la mejor racha que nunca había tenido jugando a los dados. Mi catrín salió como cinco veces seguidas. Ésa es mi figura favorita; así apodaban a mi abuelo Joaquín. Obviamente no por la vestimenta, sino por el peinado, el bigotito y porque siempre traía su cigarro. Cuando le apuesto al catrín es casi como una ofrenda; a cambio, el viejo debería mandarme algo de suerte, ¿no? Siempre le pongo al menos un pesito en cada tirada porque si no le pongo nada y sale, me da coraje.

Ya había ganado unos 400 baros. Iba con el Dani, que también salió ganando, y ya ven que él sí es bien piedroso, pues de ahí lo primero que

hizo fue ir a conectar. Yo también podía darme un lujito con las ganancias, ¿no? Lo acompañé, nos fumamos una piedra y, ya puestos, quisimos regresar a seguir jugando. El señor de las apuestas nos vio venir desde lejos con mirada sañosa; se pone de mal humor siempre que alguien se va ganándole mucho. Confiado por la racha anterior, le puse fuerte desde la primera vuelta. Apenas la colocamos, el don se apuró a agitar el cubilete y azotarlo contra la mesa. Revisaba lo que salía, recogía el dinero, pagaba y comenzaba la siguiente tirada con prisa; ni siquiera hablaba. No me daba tiempo de pensar las apuestas, tenía que apurarme a poner las monedas casi donde cayeran. De pronto parecía que el catrín se hubiera borrado de los dados. El ritmo de las tiradas y el efecto de la piedra no me dejaban hacer cálculos. No me di cuenta de cuándo se vaciaron mis bolsillos hasta que ya no encontré nada en ellos. Terminé perdiendo lo que había ganado y más, no me quedó ni para el metro.

Lo que te da mala suerte en el juego por lógica debería darte buena suerte en el amor, ¿no? Pues tampoco, cabrones. Con mi ex valió madres porque en una fiesta el pinche Héctor me convenció de acompañarlo a conectar piedra como a las dos de la mañana y cuando regresamos, como a las cuatro, la encontré besándose con otro güey. La muy hipócrita no quería que saliera a esas horas ni que la dejara sola porque casi no conocía a nadie. Y, encima, todo el mundo se puso contra mí porque, cuando le metí sus vergazos a ese pendejo, ella se puso a gritar y despertó a los vecinos. Ellos se asustaron con la sangre y querían llamar a la policía, y para tranquilizarlos, entre varios me agarraron y me sacaron de la fiesta. ¿No les digo? Para contrarrestar la mala suerte que me trae la piedra, yo creo que tendría que fumármela en una pipa hecha con el cuarzo de mi collar. Aunque no lo haría; capaz que gana la piedra y es ella la que anula el poder de mi mejor amuleto.

Sólo por pendejo he necesitado tantas comprobaciones para aprender la lección. Desde la primera vez que probé la piedra, cuando estaba en el bacho, tuve una señal divina de que no me iba a traer nada bueno. Y eso que andaba de suerte. Ese día había ganado tanto en el conquián, que terminé con unas torres de monedas como las de los microbuseros. Para festejarlo armé un 50 de mota, que en ese tiempo alcanzaba para toda la semana, y mi primera piedra. Aún no sabía preparar una botella ni una lata para fumarla, y si le pedía ayuda a alguien con más callo, le iba a tener que dar al menos la mitad de mi dulce. Tuve que convencer al diler de que también me vendiera su gotero de repuesto. Al principio no quería porque si algo le pasaba al otro y no tenía un sustituto a la mano, se pondría histérico, pero al final aceptó por ser mi primera vez, mi iniciación.

Me senté en la barda donde quemábamos y acomodé sólo un cachito de la piedra en el gotero; quería empezar leve con esa madre. Aunque todo fue muy rápido, recuerdo el momento como en cámara lenta. Prendí el encendedor y lo acerqué despacio al gotero, tenía los ojos fijos en la flama



con la misma fascinación que deben sentir las polillas que se chamuscan en las lámparas. La calenté atento a cómo cambiaba de color poco a poco hasta que se puso negra y empezó a tronar. Cuando le di el jalón, sentí una corriente eléctrica que recorrió todo mi cuerpo, y justo en el instante en que llegó a mi cerebro y estalló ahí, vi una llama encenderse a lo lejos en la fachada del edificio de la dirección. Por un momento pensé que era una proyección de mi mente. Nadie más a mi alrededor lo había visto. Yo escuchaba a los demás grifos que seguían divagando como si nada, sin estar seguro de si el fuego era real o parte de mi viaje hasta que me convencí de que el edificio se estaba quemando de verdad. Entonces me paré y les grité que voltearan a ver sin decirles qué, por si acaso ellos no veían nada. Al principio, su reacción de sorpresa y de susto me tranquilizó porque me comprobó que no estaba alucinando. Un pendejo fue el que me asustó de nuevo porque se puso a gritar que iba a venir el ejército y salió corriendo. Si de puro fumar esa mierda me agarra una pinche paranoia por nada, imagínense con eso. Pensé que nos iban a basculear y que me iba a cargar la chingada. Me alejé un poco de donde estaban todos amontonados viendo qué pasaba, metí la piedra en el gotero y lo escondí en una grieta de la barda cuidando que nadie me viera. El guato de mota lo entucé en unos arbustos más adelante. Así, ya limpio por cualquier cosa, me apuré a salir de la escuela. Sólo cuando ya estaba en el camión sentí un dolor en los labios y me di cuenta de que me los había quemado.

¡Cuál ejército!, ni siquiera la policía llegó. Lo que pasó fue que habían tomado el bacho unos estudiantes. En la noche salió la noticia en la tele con las clásicas imágenes de los encapuchados gritando y haciendo desmadre: se puso más loco que de costumbre, hubo bombas molotov y toda la cosa, pero fuera de eso había sido un paro como cualquier otro. Con mi mota y mi piedra me hubiera pasado a toda madre los días sin clases, pero así estaba que me llevaba la verga. No sabía si iba a poder recuperarlas. Esos paros a veces se extendían semanas y alguien podría encontrarlas. Al tercer día me decidí y fui a darme una vuelta al bacho.

En la reja de la escuela estaban dos encapuchados haciendo guardia. Me acerqué, les hice la plática y después de un rato les pedí que me dejaran pasar. Entonces me di cuenta de que me veían con desconfianza. Les invité un toque, les dije para convencerlos, pero se veían nerviosones, me hicieron unas preguntas bien raras. Creo que pensaban que venía para espiarlos o algo parecido. Hasta saqué mi credencial para que vieran que era estudiante. Eso pareció tranquilizarlos, pero al ver el año de mi generación volvieron a dudar. Por suerte, cuando pensaba que tendría que saltarme la reja del otro lado del plantel, llegaron otros encapuchados a relevarlos en la guardia y uno de ellos me saludó al verme. No lo reconocí hasta que se descubrió la cara, que traía envuelta en una camiseta negra. ¡Casi me echo a reír! Entre los encapuchados que salían en las noticias haciendo un desmadre, gritando, rayando las paredes, rompiendo cosas estaba,



L.IVO. Vamoamorir



sonriente como siempre, Miguel, un compañero de clases de los más ñoños, de esos que participan, que sacan diez, que son amigos de los profes. Imagínense que un día estuvieran viendo la noticia de un secuestro y, cuando los policías ya tienen agarrado al delincuente y le quitan el pasamontañas frente a las cámaras, descubrieran la cara del güey más tranquilo que conozcan. Así de extraño fue. Me preguntó si quería quedarme a la asamblea que iban a tener en un rato. Le dije que sí, que me interesaba mucho, y por fin me abrieron.

Ya adentro de la escuela, me fui directo a los arbustos donde encontré mi guato bien envuelto, a salvo de las ardillas y de las ratas. Los dos encapuchados no se olvidaron del toque que les había prometido y me siguieron. Tuve que mocharme. Fumamos sentados en la mera explanada, como un acto político, decían ellos. Ahora que ya me tenían confianza, no paraban de hablar. Seguían haciéndome preguntas, pero sólo como preámbulo para soltar sus propios rollos. Yo les decía dónde vivía, en qué trabajaba, qué comía, y para ellos todo estaba conectado y era parte del “pinche sistema”. De pronto, mi generación ya no era motivo de desconfianza, sino ejemplo de cómo ese sistema estaba diseñado para filtrar las clases sociales y dejar relegados a los güeyes como nosotros. La verdad, me di un buen viaje escuchándolos. Tanto que al final perdí el hilo de la conversación y no supe en qué momento se convirtió en una discusión entre ellos dos. Cuando matamos el toque se fueron a la asamblea que ya había empezado. Les dije que yo los alcanzaba después porque tenía que ir al baño. En cuanto los perdí de vista, me dirigí a la barda y di gracias por hallar intacto mi anhelado gotero.

Hubiera podido guardármelo e irme ya sin problemas, pero no: me di un jalón y la desgraciada piedra me dejó ahí sentado como pendejo viendo el cielo. Se sentía raro estar en la escuela vacía. Se escuchaban hasta los pajaritos que en días de clases parecían mudos en medio del escándalo habitual. Quería disfrutar ese ambiente un poco más y prendí un cigarro. Ahora que no había vigilancia era el mejor momento para fumarme tranquilamente mi piedra, así que le di otros jalones, más por aprovechar la ocasión que por engolosinamiento. Iba en el tercero o en el cuarto cuando escuché una explosión que me hizo pararme de un salto. ¡Putá madre! ¡No puedo quemar un poco de piedra sin que se queme la escuela!, pensé. Esta vez no iba a dejar nada, me guardé bien mi gotero y mi mota antes de irme.

A los pocos pasos empecé a escuchar gritos que venían de la explanada. Me acerqué con cuidado y desde lejos vi que se había armado una putiza campal. Unos traían palos, otros aventaban botellas y petardos. Más de cerca distinguí los jerseys del colegio: ¡eran los porros contra los encapuchados! Lástima que los celulares de antes no tenían cámara, y de todos modos yo ni tenía uno para haberlos grabado, porque eso fue épico. Hasta el susto se me pasó de imaginar lo bueno que hubiera sido tener un palco desde donde mirar y poder apostar por unos o por otros, y de la

risa que me dio escuchar a los porros gritando: ¡Abran la escuela! ¡Déjenos tomar nuestras clases! ¡Queremos estudiar! Yo ni la debía ni la temía, así que pensé en irme y dejarlos con sus broncas. Los rodeé pegado a una barda lo más alejado que pude, avanzando despacio, y ya que estuve cerca de la salida, me eché a correr. A los pocos metros de haberla cruzado sentí un pinche piedrazo en la espalda. Volteé y vi a un porro flaquito con los ojos rojos y sonrisa de duende que amagaba con aventarme otra piedra. Me la lanzó directo a la cara; apenas alcancé a esquivarla. Entonces me calenté y me regresé a encararlo. El güey me estaba gritando algo que no entendí cuando lo callé de un putazo en la boca y un rodillazo en el estómago. Lo tumbé en corto y ya en el piso lo agarré a patadas. Me ensañé. Se me nubló la vista dándole un golpe tras otro hasta que alguien me arrancó de un jalón. Nada más sentí que me torcieron el brazo y ya no podía moverme. Eran unos puercos. No supe ni cuándo llegaron, de repente ya estaban ahí, en medio de los madrazos.

Me arrastraron hasta la otra calle donde había varias patrullas estacionadas. Me catearon y me encontraron la mota y el gotero con lo que quedaba de la piedra. ¿Ven? Cuando la dejé no pasó nada, y ahora que la traía encima atrajo a estos culeros como un imán. Ándale, me dijo el poli, ¿no que muy estudioso? Cuando vio mi credencial dijo que yo era un fósil y que, si en verdad me interesara la sociedad, ya estaría en la universidad, no de vándalo y drogadicto. Intenté explicarle que yo estaba ahí por casualidad y que sólo me estaba defendiendo, pero ya saben cómo es tratar de razonar con un puerco. Me treparon y ya.

Fue la primera vez que pasé la noche en un MP. Compartí la celda con varios de los encapuchados. Sólo al verlos me di cuenta de que no estaba ahí por la droga ni por la madriz que le di al morro, sino porque me habían confundido con uno de ellos. Los que me habían visto en la pelea me felicitaban por haberme enfrentado a la represión y no sé qué tanto. Los güeyes se aventaban unos discursos como si estuvieran en un congreso y no en el pinche bote. Yo nada más les daba el avión porque eran más que yo, pero tenía ganas de mentarles la madre por el pedo en que me había metido por su culpa.

Nos soltaron al día siguiente, pero el verdadero problema fue en el bacho: me expulsaron a mí, a tres de los encapuchados y a algunos de los porros, dizque por actos violentos. Ya se imaginarán el desmadre que armaron en mi casa. Me querían correr, apenas logré que me dieran un mes de plazo para conseguir un trabajo, irme a vivir a otro lado y dejar de ser un zángano. Como bien dicen, uno no aprecia lo que tiene hasta que lo pierde: después de unos días empecé a extrañar la escuela y decidí visitarla para ver a la banda, conectar y jugar con quián. En la explanada se me acercó un morro con un bote para pedirme dinero, ya lo había esquivado cuando escuché que querían juntar para un abogado que defendiera a los compañeros expulsados. ¿Cuáles expulsados?, me regresé a

preguntarle, y vi la respuesta antes de que me contestara. Por todos lados había mantas con mi nombre y los de los tres encapuchados. Decían que habíamos sido presos políticos, acusaban al director de habernos mandado golpear y exigían que nos devolvieran nuestro lugar en el colegio. Le dije al del bote que yo era Tonatiuh y fue como si le hubiera dicho que era la reencarnación del Che. Me abrazó, me palmeó, casi casi me la chupa ahí en frente de todos. Me llevó a un cubículo donde algunos de mis compañeros de celda y otros güeyes ahí reunidos me recibieron con el mismo entusiasmo. De pronto ya no era ningún zángano, sino un héroe, un pinche mártir de la lucha estudiantil.

Me explicaron que aquel día habían tomado la escuela como protesta por el asesinato de no sé quién y que planeaban volver a tomarla por nuestro caso. A mí no me cuadraba su lógica, según ellos, nos habían expulsado injustamente por protestar y querían que nos volvieran a aceptar protestando más, pero me les uní por si acaso pegaba. Aunque no duré mucho jugándole al activista, era muy pesado, peor que la escuela. Descubrí que los encapuchados no eran huevones que nada más hacían paros para no tener clases, como creíamos todos los demás. Se la pasaban haciendo asambleas que duraban horas y horas, más aburridas que cualquier pinche clase, y yendo a marchas larguísimas bajo el sol o la lluvia. Luego querían ponerme a volartear o a hacer otras tareas que ni siquiera estaban relacionadas con lo de la expulsión. Lo único que acepté fue atender la cooperativa, como le decían al puesto de dulces que tenían en la escuela. Con gusto me pasaba todo el día ahí: podía agarrar todos los cigarrillos, paletas o golosinas que se me antojaran y no faltaba cambio para el conquián, pero luego se dieron cuenta de que me estaba clavando parte de la lana y me quitaron. Poco a poco me distancié de ellos hasta que me alejé por completo. Ni siquiera supe si contrataron al abogado o no.

De todos modos, estudiar no era lo mío. Pero ¿quién sabe?, a lo mejor, si no hubiera tenido esa mala racha, ahorita ya sería todo un licenciado. Puta piedra. 📍



L.IVO.



Media suerte

ALONDRA ALONSO

Un rostro ciego,
de mano ambigua
y nombre Azar
me mira

del otro
lado

un sol de un águila

un sol de un águila

un sol de un águila

un sol de un águila

un sol de un águila

tejidos
a un metal.



Sordo
de deseos
y súplica mortal,
ya echa
mi destino
mientras
me pregunta
¿lo irás
a levantar?



Darío Cortizo

Cortizo.

La buena suerte en la escritura

ULISES FLORES HERNÁNDEZ

Un buen plato de pato a la naranja con lleva horas de trabajo y la sabiduría de toda una tradición culinaria. Del mismo modo, una carta, un cuento... esconden el intenso trabajo del autor... Autores y autoras trajinados ante el papel como un chef en la cocina: limpiamos la vianda de las ideas y la sazonamos con un poco de pimienta retórica, sofreímos las frases y las adornamos con tipografía variada.

Daniel Cassany, *La cocina de la escritura*

¿Qué es la buena suerte en la escritura? La respuesta, tan personal como extensa, se reduce a dos elementos: poder escribir y publicar maravillosas historias. Si nos remitimos al artificio de esta labor, cruzaremos nuestro camino con la musa de la literatura. Este ente imaginario, al encontrarnos vagando por la senda de la escritura, nos acompañará en nuestro proceso creativo, dotándonos de las palabras e ideas más hermosas que alguna vez pudiéramos imaginar.

¡Hemos encontrado el olimpo de la creación! Con su ayuda podremos concluir docenas, ¡qué digo!, centenares de textos, sin que el temor de la hoja en blanco se apodere de nosotros... ¿O no? Lo que con frecuencia pasamos por alto es que la musa sólo nos dotará de imaginación extra si nos ve trabajando, pues no es partidaria de ayudar a perezosos.

Es aquí cuando nos enfrentamos a la fría y dura realidad del arte de escribir sin ayuda mágica: es difícil. Y lo es porque nuestras ideas luchan por no ser escritas; la hoja en blanco brama por su libertad como caballo desbocado, las letras huyen despavoridas llevándose consigo los signos ortográficos, y las palabras brincan de renglón en renglón como gimnastas olímpicas para no ser publicadas.

Para Thomas Mann la diferencia de alguien que escribe por recreación, comparado con un escritor, es que para el segundo el texto se vuelve más difícil.

Y lo es porque, al concluir el impulso desbordado de escribir una historia, se debe corregir ese mismo texto por horas, días, semanas o incluso meses. Esta ardua revisión nos pide buscar la palabra adecuada, eliminar la repetición y encontrar su sonoridad. También es requisito dotar de vida a los personajes y contar una idea tomando en cuenta los límites



Alba López. *Escribir mi suerte*



de caracteres permitidos. En esta guerra la hoja en blanco se convierte en nuestra trinchera, y el principal enemigo a vencer es la corrección del texto.

Con todos estos elementos en contra, ¿de qué manera puede defenderse el escritor? O en un mejor escenario, ¿qué puede hacer para concluir su historia y no perecer entre las letras?

Si nos permitimos caminar por el largo sendero de la escritura, quizá descubramos, con la ayuda del gran mago Merlín, que la invocación de la suerte al momento de escribir puede provenir de algo tangible, como es en el caso de Juan Villoro, quien, como el rey Arturo y la poderosa Excálibur, se ayuda de un objeto para escribir:

Tengo la superstición de que si agito este llavero, de algún modo estas llaves abren la imaginación. En un libro de budismo zen supe que hay ciertos recursos de esta disciplina que hacen que al mantener agitadas las manos se libere el pensamiento. Es también lo que ocurre con el rosario, que los dominicos convirtieron en un método de oración y de meditación, como el famoso kombolói que se utiliza en Turquía y en Grecia... Tener ocupadas las manos me hace pensar que de alguna manera se abren puertas imaginarias. He colocado pequeñitas llaves de esas que se utilizan en los candados de las maletas, algunas moneditas... Cosas que me ayudan al tacto, y por supuesto, mi viejo escudo del Necaxa, que está partido como mi propio corazón, por las tribulaciones a las que nos ha sometido ese equipo. Creo que todo lo que hago deriva de alguna manera de este llavero. En una ocasión lo dejé sobre una mesa y mi hija Inés, que entonces tenía unos seis años, lo tomó y dijo: ¡He heredado el negocio de la familia! En efecto, el único negocio que yo puedo tener es este llavero y las historias que de él derivan.

La idea del amuleto como mecanismo para atraer la buena suerte nos ayuda a conciliar el sueño. Nos protege ante los designios externos que no podemos controlar. Nos guía y trae calor. Para Juan Villoro, las llaves no sólo abren puertas físicas, sino también la puerta de la imaginación y, quizá aún más importante, la puerta del alma.

Escribir resulta más sencillo si nos sentimos protegidos por una fuerza especial que nos alienta a seguir adelante. Y no se trata de ser pacientes, esperando obtener los milagros de la musa una vez que nos dé un zape, sino de atraer la buena suerte en la escritura con nuestros amuletos de confianza.

Aunque claro está, lo anterior es una alusión al trabajo duro y constante. Nada de caminos fáciles, ni solicitudes especiales de peras al olmo. Al final todo se reduce a una buena dosis de escritura continua.

Es por ello que Villoro, por ejemplo, cree en la rutina como el tren que nos conducirá a la estación de la disciplina:

Cada escritor tiene distintas rutinas de trabajo. Yo soy un animal diurno. Suelo trabajar en un horario como empleado de banco. Empezando ocho y media de la mañana y terminando como a las dos de la tarde. Solo entonces siento, como diría García Márquez, que ya me gané el almuerzo.

La suerte por sí sola no es nada, si no viene acompañada del trabajo duro y constante. Y si no hay nada que escribir, es porque el escritor se ha convertido en la peor pesadilla de Fausto: tener enfrente al diablo y no tener nada que pedirle. La muerte de un escritor, ya sea por la falta de interés, historias que contar o ausencia de rigor, es la muerte de la creatividad.

Y sin embargo, la suerte sigue volando sobre nuestras cabezas. Nos vigila desde lo alto de nuestros pensamientos, con una sonrisa burlona que no podemos ver. Y se ríe porque el ser humano es terco en sus decisiones. Con frecuencia apuesta todo (quizá demasiado) a una idea con la esperanza de ser persignado por la suerte, tal como hizo Gabriel García Márquez:

Cien años de soledad la escribí yo en México desde 1965 a 1967. Fue una época estupenda. Es decir, era una época que no era fácil, porque no teníamos dinero. [...] Recuerdo que a mitad de camino el dueño de la casa llamó a Mercedes:

—Señora, ustedes deben tres meses de casa.

Mercedes tapó el teléfono y dijo:

—¿Cuánto tiempo te falta para terminar el libro?

Y yo le dije “como seis meses”... Entonces ella le dijo:

—Mire, señor, no sólo le debemos tres meses, sino que le vamos a deber seis más.

Y el titular respondió:

—¿Dentro de nueve me pagan todo?

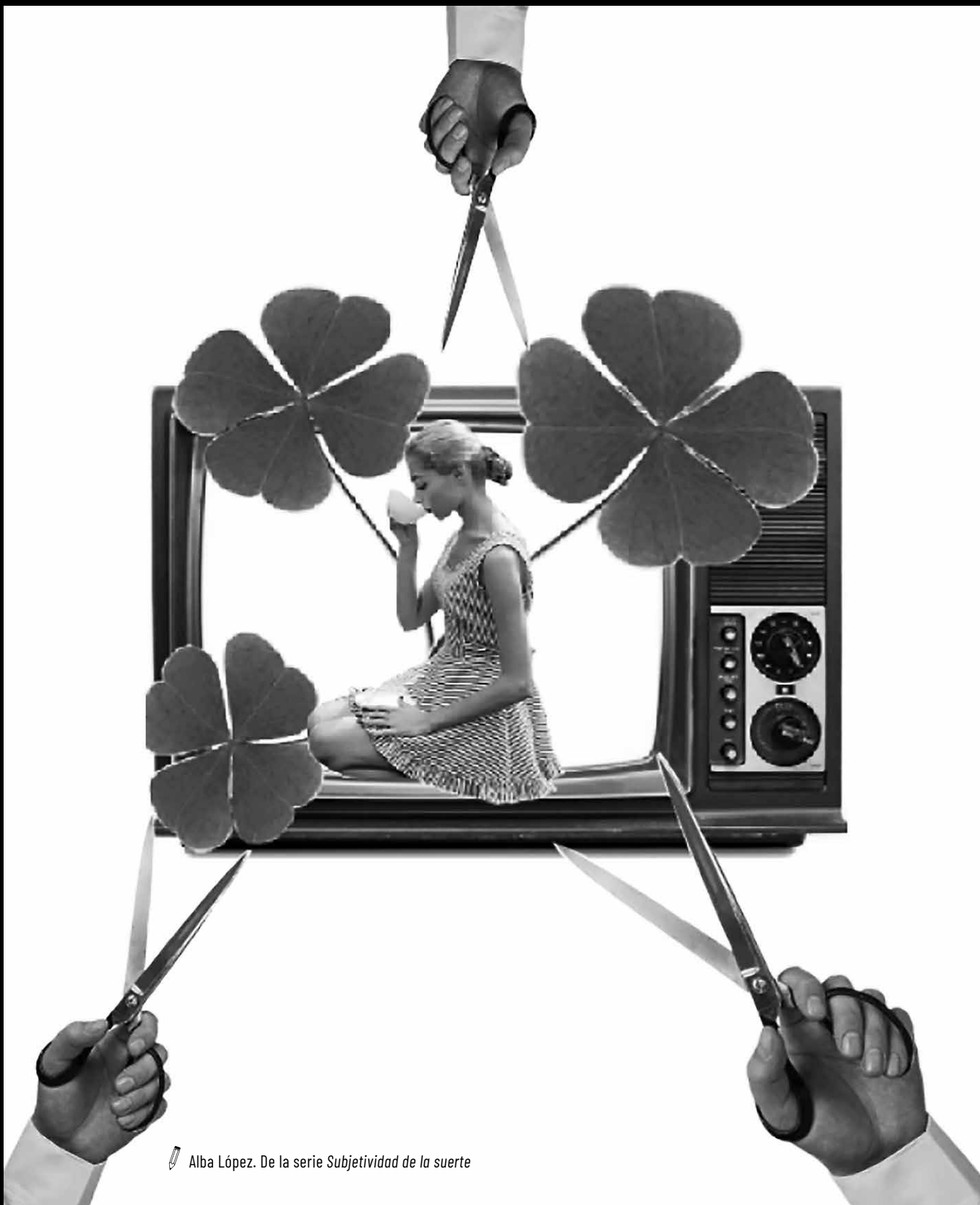
—Sí, todo.

—Si usted me da su palabra, yo no tengo ningún inconveniente en esperarla.

—Palabra de honor.

¿Y tú sabes que a los nueve meses le pagamos todo? No por *Cien años de soledad*, sino [por] que me puse a trabajar en publicidad...

Presión y tiempo. Con ello la arena se convierte en piedra, luego en montañas. Y el ser humano, con estos elementos a su alcance, puede hacer cualquier cosa que se proponga, pero no podemos creer que seremos recompensados automáticamente por la buena suerte después de terminar un manuscrito de 700 cuartillas. Quizá lo único que puede salvarnos es seguir haciendo nuestro trabajo lo más diligentemente posible. Sólo así, quizá la suerte nos respete un poco al presenciar una osadía tan genuina; ver en nosotros una determinación impulsada por la terquedad de concluir



Alba López. De la serie *Subjetividad de la suerte*

una historia, una novela, un cuento, un ensayo, sin importar su extensión. Terminar un texto es lo único que importa, pues sólo así existe, vive y respira en nuestra realidad. Pero, sobre todo, puede ser leído.

Aunque si a nosotros no nos interesa escribir, a la suerte menos. Al final lo único que puede defendernos ante los designios del azar es lo que hacemos, sin olvidar, por supuesto, que hay diversos elementos que entran en juego sin importar qué tan bueno sea nuestro trabajo, elementos que se mantienen lejos de la manipulación del escritor. Después de todo la suerte no tiene por qué bendecir a nadie, ni se encuentra latente esperando nuestro próximo movimiento literario.

En un mundo ideal sería estupendo poder controlar el resultado final. ¡Imagina las posibilidades de formar parte del equipo dinamita de la buena suerte! ¡Todos seríamos ganadores!... Pero las leyes de la naturaleza no funcionan así. Y la vida tampoco. No todo lo que se escribe es bueno, ni todos los textos del mundo merecen los designios de la buena suerte.

Sin embargo, a veces la suerte nos observa sin que nos demos cuenta, lista para relucir ante nosotros en su mejor presentación: la casualidad.

En la década de 1970 Stephen King había concluido sus estudios universitarios, impartía clases de escritura creativa en secundaria, trabajaba en una lavandería, estaba casado con la bibliotecaria Tabitha Jane y vivían con su primer hijo en un remolque. A su sueldo de profesor y obrero, se sumaba la paga por las historias que lograba publicar en diversas revistas para caballeros. Decidido a convertirse en escritor, abandonó los relatos breves y comenzó a escribir diversas novelas.

Carrie, la protagonista con poderes psíquicos de la novela homónima, incomprendida socialmente, y educada con rigor bajo la mano psicótica y católica de su madre, resultó ser del poco interés de King, pues al no verle un futuro prometedor la tiró a la basura. Aquí, querido lector, es donde debes poner especial atención (y más si eres fanático de Stephen King) ya que es en este punto donde entra la casualidad, disfraz que la buena suerte a veces usa para despistarnos.

Tabitha, al ver el trabajo de su esposo en la basura, lo recogió, pues le llamó la atención que aquel manuscrito tan grueso estuviera listo para ser desechado:

Lo tiró a la basura. Tiró a la basura la primera parte. Yo estaba sacando la basura, lo recogí, y vi que tenía muchas páginas, así que lo leí.

Como fue de su agrado lo que estaba leyendo, Tabitha obligó a su esposo a terminar la historia, al mismo tiempo que le ofreció su apoyo y asesoramiento en investigación; de esta manera King pudo obtener la información y el impulso apropiado para aliviar el vacío que representaban las inquietudes y nuevas experiencias de una adolescente.



Con este cúmulo de información logró concluir el manuscrito de 200 cuartillas y, con el título definido, King lo envió al editor Bill Thompson:

Era *Carrie*, la novela, y pensé, esto tiene posibilidades, podríamos hacer algo con esto y le dije: odio tener que pedírtelo, pero si lo reescribes, podría publicarlo. Estoy dispuesto a apostar todo por el [libro].

La suerte estaba echada: el trabajo concluido, la historia terminada. Una vez que se ha puesto el punto final y enviado el manuscrito, nada se puede hacer ya. ¿O sí? Aunque no lo sepamos, a veces nosotros tenemos el poder de influir en nuestra propia suerte. Y lo hacemos cuando creemos en nosotros. De lo contrario la suerte no sólo está echada, sino perdida. Si hemos hecho todo a la perfección, la suerte, con una mirada indulgente, estará próxima a visitarnos, pero al ser muy pillita, nos asustará primero antes de dejarse atrapar:

Un día estaba en la sala de profesores y dijeron por el megáfono: señor King, por favor venga al despacho. Tiene una llamada de su esposa. Yo salí corriendo con el corazón a 100 por hora, pensando, pueden ser dos cosas: o le pasa algo malo al bebé, o he vendido el libro. Había recibido un telegrama de Bill Thompson. Había tenido que enviar un telegrama porque no podía llamar. No teníamos teléfono. Y el telegrama decía: *Carrie* oficialmente libro de Doubleday. El futuro se abre, con cariño Bill Thompson. Y la portada decía: 2500 dólares. 2500 dólares estaba muy bien. Para nosotros era una fortuna.

La suerte, por su propia naturaleza, es incierta. Y eso la hace especial. Pero al final, como hemos visto en estos tres casos literarios, la buena suerte tiene sólo una condición que el ser humano sobre la Tierra debe cumplir si desea ser escuchado: nunca hay que dejar nada a la suerte.

Nada en la vida es seguro. En ella se albergan pocas oportunidades, pero por fortuna, también muchas posibilidades. Si uno se da por vencido, sin siquiera intentarlo, no sólo estaría fracasando antes de conocer sus posibilidades, también estaría negando la oportunidad de ser tocado por la buena suerte.

Por ello, escribir es uno de los azares más hermosos del mundo. Escritores que no tuvieron reconocimiento en vida ahora se han convertido en clásicos, cuyos textos albergan un contenido que trasciende el idioma, las generaciones y adaptaciones, logrando consolidarse como referentes para nuevos lectores y creadores. Pero escribir para aspirar a la inmortalidad gracias a la suerte es un sinsentido.

Por el momento bastará con dedicar tiempo a nuestras ideas. Tiempo para leer y escribir. Tiempo en el cual debemos hacer un correcto balance con nuestras responsabilidades, el nacimiento de un bebé, un cumpleaños,

o las comidas familiares, pues todo sucede mientras pasa el tiempo sobre nuestras ideas. Ideas que se desarrollan con seriedad en una habitación silenciosa (o con música, aquí la elección es toda tuya).

En este espacio el escritor deberá trabajar con efectividad y, sin tregua ni perdón, debe seguir escribiendo una vez que haya aceptado que el trabajo de contar historias es solitario, tenebroso y abrasivo, pues nada es seguro en este largo camino, apenas iluminado por la persistencia y la dedicación de hacerlo cada día del año.

Con tantas complicaciones en contra, lo único que no se puede hacer es rendirse. De lo contrario nunca sabremos cuándo nuestras llaves, nuestra terquedad o la casualidad estén por hacernos conocer a la buena suerte, quien con un dejo de importancia se apiadará de nosotros por todo el trabajo que hemos hecho, por cada texto terminado, por cada palabra escrita, por cada idea que sólo nosotros podemos tener y que, por ende, no tiene precio.

¡Pero debemos tener cuidado! La verdad más evidente resulta ser un enigma sin respuesta ante los ojos de cualquiera, pues no podemos olvidar la existencia de la mala suerte; este ente solitario vaga por el mundo sin un hogar, compañía o misión, teniendo como único propósito atrapar en sus fauces a los seres humanos. ¿Cómo elige a sus víctimas? Nadie lo sabe. ¿Existe acaso una manera eficaz para salvarse de la mala suerte? Tal vez sí, todo es posible en este mundo. Lo único que debemos hacer es... Un momento, querido lector, desafortunadamente éstas ya son palabras para otro ensayo. **P**



La monja

EDUARDO PAREDES OCAMPO

Camuflándose con las hojas del piso,
la vi viéndome
mirada que a otra busca, rogando coincidir,
entre la vorágine de pupilas indómitas, de cegueras deliberadas
que es la salida del metro a las seis.

Una de miles es la mía,
que el destino hizo enredarse en el suelo
y arrastrarse
hasta topar con el contorno de un rostro.

Titubeo ante la súbita revelación del espectro,
helado quedo ante la silueta que erró donde no le correspondía
y que, sin siquiera media plegaria,
se me quiere regalar.

Desmañanarme sembró quizá
este rumbo hacia el trabajo de espejismos,
poniéndome una monja a los pies
como un vestigio forajido del sueño:

para el que no conoce su son,
desafina el timbre de la suerte,
arritmia es entre los estertores regulares del tiempo.

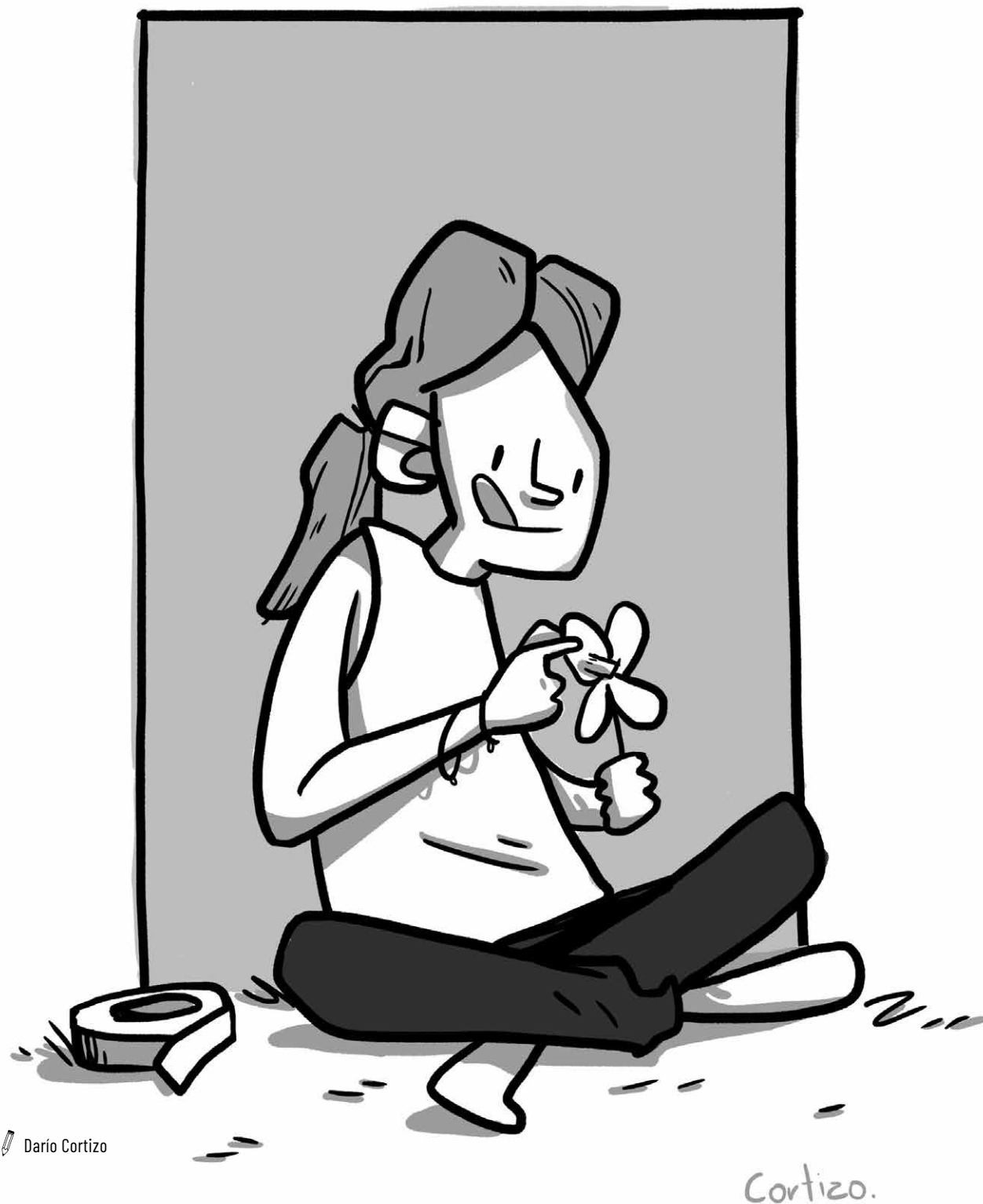
El pasmo se me cobra caro
entregándose la aparición
al hombre que,
también mirando abajo, me rebasa:

lo veo agacharse
y arrebatarse
a quien pude ser
si familiar me fuera la Fortuna
un billete abandonado
de 200 pesos.



Darío Cortizo

Cortizo.



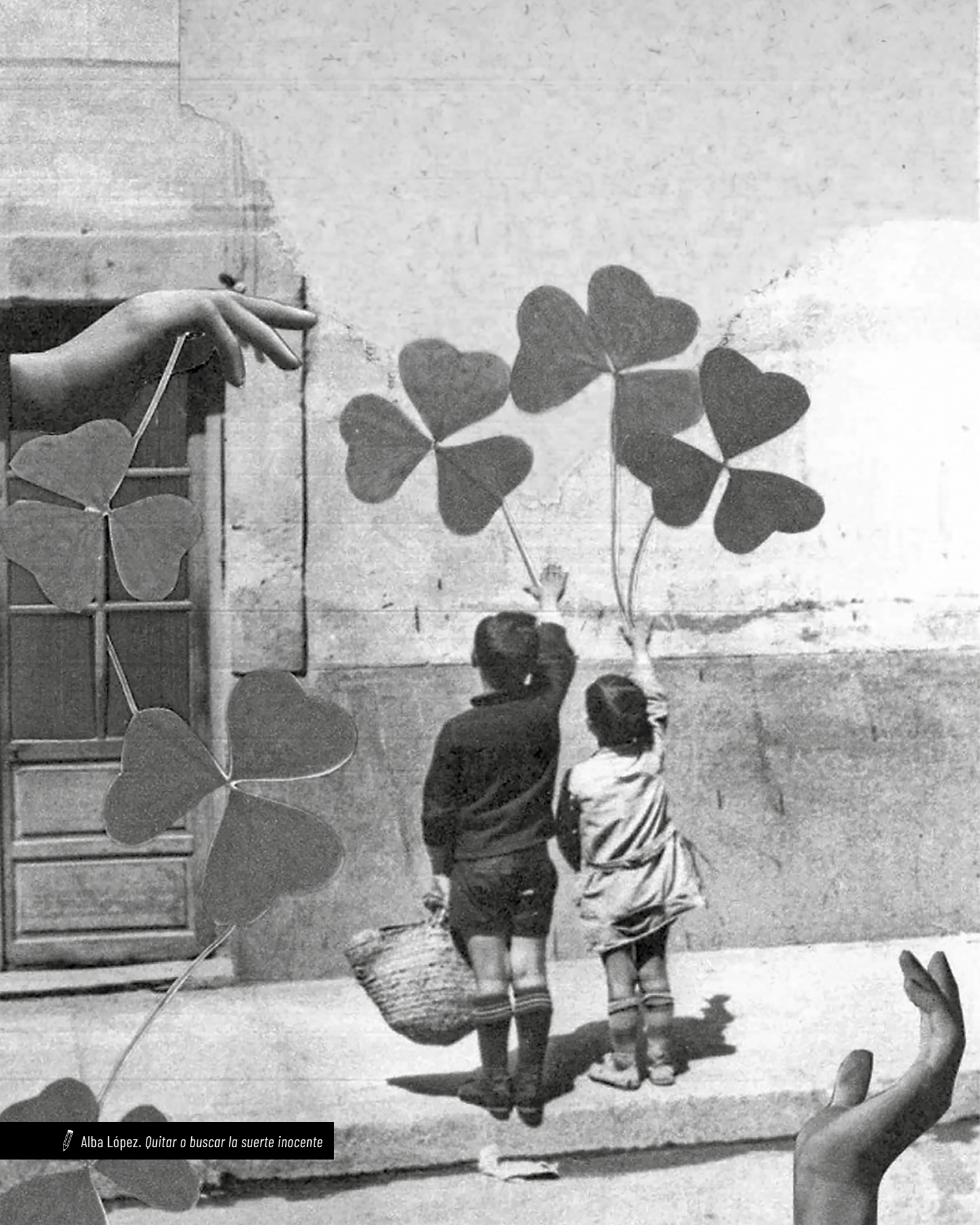
Darío Cortizo


Cortizo.

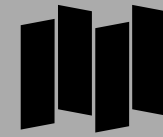
Rituales

Gael Montiel

Celular, cartera, llaves. Celular, cartera, llaves. Celular, cartera, llaves. Palpas cada bulto una, dos, tres veces en las bolsas de tus pantalones antes de dar un paso fuera, pero te equivocas y retrocedes —una—, vuelves a salir con el pie derecho —dos—, una última —tres— y, ahora sí, cierras la puerta con llave, dos vueltas, siempre tres sacudidas a la manija para asegurarte. Al bajar los escalones del edificio evitas el decimotercero con un salto y caminas en dirección a la parada: tres pisadas por cada recuadro en la banqueta. Eludes las grietas en el cemento —las más visibles, las más grandes, o no podrías caminar— y evitas cada registro de agua potable. Avanzas, pero al fondo de la calle una imagen te frena por dentro: la escalera de un electricista reclinada sobre un poste. El triángulo que no piensas cruzar ocupa toda la acera. Cambiarse de banqueta es imposible: nunca te vas por ahí, quién sabe qué pasaría hoy si lo haces. Así que planeas: caminar hasta el poste, bajar de la banqueta, rodearlo con dos pasos y subir de nuevo. Caminas, te fijas que no venga ningún coche y, cuando al fin estás frente al poste y la escalera y quieres bajar a la calle, escuchas el estruendo del motor de un auto que salió de la nada y viene acelerando hacia ti, te espantas, dudas, tu pie está en el aire y lo cambias de dirección, pudiste detenerte, pero una fuerza extraña te lleva hacia adelante y caminas: cruzas por debajo de la escalera. Sientes sobre la nuca el peso de la incertidumbre y el horror de lo que viene, pero sonríes. ¿Por qué? **P**



 Alba López. *Quitar o buscar la suerte inocente*



CARRUSEL

CUENTAGOTAS

SUERTE DE CUATRO

HEREDADES

ALMUDENA GRANDES. UNA CONVERSACIÓN
CON CLEMENTE GUERRERO

ENTRE VOCES

LOTERÍA DE ARTISTAS. EL AZAR,
LA SUERTE Y EL EMPEÑO

BAJO CUBIERTA

LA SUERTE DE LOS LIBROS






Suerte de cuatro

SANDRA VALERIA RODRÍGUEZ CID

Posee cuatro objetos de la suerte en su cuerpo, aunque él no lo sepa, y aun así no le alcanzan para dejar de ser perseguido. Todos quieren buena suerte, algunos creen saber cómo obtenerla.

Se escuchó el disparo, sintió un dolor sofocante en sus costados, la bala lo había atravesado, ya no pudo correr ni mover sus grandes orejas, ni respirar.

—¡Ya lo tengo! —dijo el cazador mientras se lo mostraba a sus tres compañeros.

Cuatro hombres con nuevos amuletos para la buena suerte regresan a casa. 



 Pinking 724

Almudena Grandes

Una conversación con Clemente Guerrero

La tarea de recordar a quienes han partido es siempre necesaria. El pasado 27 de noviembre falleció la escritora Almudena Grandes (Madrid, 1960), una de las autoras más importantes y necesarias de ambos lados del idioma. Desde la publicación de su primera novela *Las edades de Lulú* (1989) —considerada por *El mundo* una de las 100 mejores novelas en español del siglo XX—, ha recibido numerosos premios y su obra se ha adaptado varias veces al cine.

La narrativa de Grandes transita el cambio de siglo junto a la sociedad española: un cruce entre el presente y el pasado de los calendarios históricos e internos de cada personaje. Asimismo, su monumental proyecto narrativo, *Episodios de una guerra interminable*, se adentra en una de las épocas más dolorosas de su país, a partir de algunos momentos de la resistencia antifranquista entre 1939 y 1964. *Inés y la alegría* (2010), la primera novela de los *Episodios...*, recibió en 2011 el Premio de la Crítica de Madrid, el Sor Juana Inés de la Cruz y el Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska.

Con motivo de la recepción de este último, el poeta Clemente Guerrero nos invita a su veloz y amena entrevista con Almudena Grandes, publicada previamente en el ya desaparecido periódico *El punto crítico*. La memoria —al igual que en muchas de sus novelas— camina por esta charla. Acompañar esta conversación con la autora de *Atlas de geografía humana* y *Estaciones de paso* es compartir el inicio de los cómo y los cuándo: volver a leer —a escuchar— a Grandes la trae de vuelta unos momentos, como si no se hubiera ido.

La redacción



 Foto: Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, 2015



Parece casi una obsesión de la literatura el contraste de la imaginación con las pequeñas cosas: saber si ese lápiz que reposa en el vaso es en verdad un lápiz o un pequeño insecto que puede hacer cosquillas a la mano, saber si la mirada que hay detrás de una pescadora en el mercado resulta tan monótona como las monedas con las que entrega el cambio, si nuestros gestos serán los mismos gestos de un pariente que quizá haya trabajado como jardinero en un manicomio. Esta forma de indagar, de encuentro, está siempre en la literatura de Almudena Grandes.

En 2011 me encontré con ella de forma casi casual en la Alameda Central de la Ciudad de México. En aquel entonces repartía mi tiempo como estudiante y reportero de un pequeño periódico local. Asistía a ferias del libro, a veces como colaborador, y esperaba cazar algún reportaje. En la XI edición de la Feria del Libro de Ciudad de México, conocí a Almudena Grandes. Sigo sin entender por qué, pero tengo vívido el recuerdo de sus ojos y sus manos: sentía generosidad en su mirada, y sus manos estaban casi siempre una encima de la otra, como acompañándose. El encuentro fue apresurado: sólo había venido a recibir el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska y ese mismo día regresaba a España. Fui el único que cubrió la nota. Tanto por la extensión disponible como por los tiempos del periodismo, muchos detalles quedaron fuera, pero intenté, como ahora, ser fiel a esa prisa. Y aunque el texto fue hecho para leerse en un periódico, sigo pensando que lo esencial de aquella conversación se mantiene.

Nos acompaña un sol de mediodía, sentados en la mesa redonda de un café. Tienes la mirada profunda como me imagino la mirada de Carmen, uno de los personajes de tu novela más reciente, Inés y la alegría. Pero la serie Episodios de una guerra interminable es el pretexto que te trae a la Ciudad de México. A ti, la primera mujer española en ganar el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska. No hay tiempo, es un viaje rápido. Me cuentas cómo supiste que habías ganado el premio:

Yo me enteré porque la presidenta del jurado, que es la ganadora del año anterior y encargada de comunicármelo, me mandó un correo electrónico. Y bueno, yo creo que, en general, muchas veces las cosas buenas en la vida pasan así, de forma inopinada, inesperada, y muchas veces estás tanto tiempo esperando un premio o que pase algo bueno y no pasa nunca, y otras veces sin que tengas ni idea, pasa en la otra punta del mundo. Para mí es muy emocionante recibir un premio aquí en México porque de alguna forma me siento en casa, porque todos los que escribimos en español formamos parte de la misma literatura, pero por otro lado automáticamente estamos muy lejos.

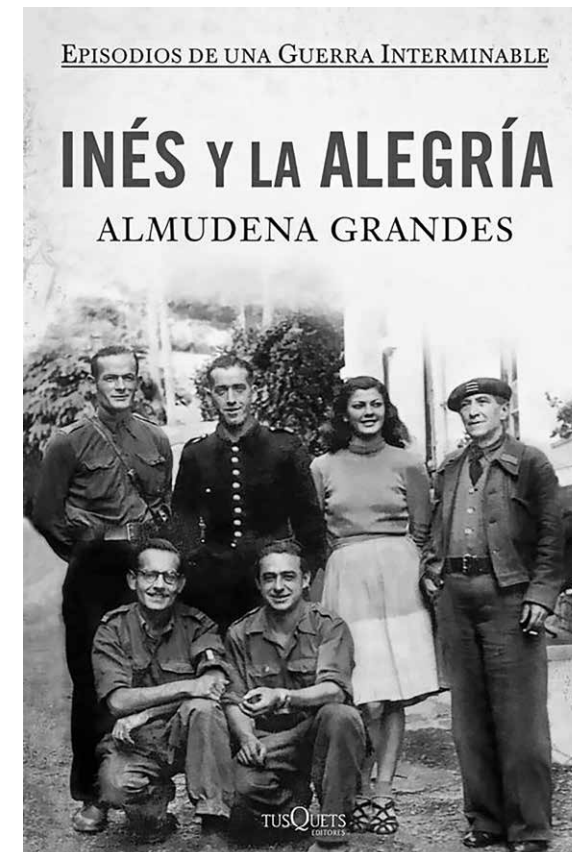
Con tu acento madrileño continúas:

Entonces abro el correo para mandar la columna de todas las semanas al periódico mío, *El País*, y me encontré un mensaje de Mónica Lavín, que

presidió el jurado, comunicándome el resultado. Me hizo mucha ilusión, pero me quedé muy sorprendida porque no me lo esperaba y ha sido un premio muy emocionante para mí. Porque, bueno, yo muchas veces cuando me siento en mi mesa en Madrid me pongo a pensar en la misma gente que está escribiendo en la misma lengua tan lejos, y el hecho de recibir un premio en la Ciudad de México lo que hace es confirmarme esa sensación de formar parte de una literatura mucho más grande que yo, y de una literatura milagrosa, porque yo creo que somos la única en el mundo que tiene esas características.

Llegan las bebidas y te pregunto cuánto tiempo llevas escribiendo:

Mira, publicando llevo desde el año 89, pero escribiendo llevo casi toda mi vida. Cuando era una niña de ocho o nueve escribía cuentos. Muchas veces los domingos por la tarde, mi padre nos llevaba a la casa de mi abuelo para ver el partido de fútbol —en mi época había sólo un partido a la semana, no como ahora que hay infinitud—, y también íbamos a





merendar, pero no nos dejaban hablar para no molestar a los que veían el juego. Siempre nos daban una hoja de papel y unos lápices de colores, pero yo no sé dibujar; mientras mi hermano se la pasaba bien yo me aburría. Entonces una abuela mía, que murió hace poco, me dijo una vez: “Y tú que lees tanto, ¿por qué no escribes un cuento y así te entretienes?”. Y así empecé a escribir. A los ocho años escribía cuentos en el tiempo que duraba el partido de fútbol en la primera cadena española.

Entonces yo creo que a mí me hizo escritora la lectura, como a todos los escritores. No es novedoso, yo pienso que todos los escritores empiezan a escribir porque les gusta leer. Primero está siempre la lectura y luego la escritura, son como dos caras de un mismo espejo.

Lo fundamental es intentar escribir los libros que a uno le gustaría leer. En ese sentido, creo que no existe mejor filtro de calidad que conseguir leer lo que escribes con los ojos del lector que eres. Yo procuro leer lo que yo escribo con los ojos con los que leo lo que escriben los demás, porque suelo ser tan exigente conmigo misma como con los otros, pero también porque significa escribir las novelas que me gustaría leer. Porque si yo no soy capaz de entretenerme a mí misma, de conmovirme a mí misma, de hacerme reír o llorar a mí misma, no voy a emocionar a nadie.

Creo que en la literatura siempre hay un componente muy grande de admiración por los escritores que te han hecho escritora, es una necesidad de emularlos. Por ejemplo, otros escritores dicen que cuando escriben no leen; yo cuando escribo leo. Yo leo siempre, cuando escribo y cuando no

escribo, y no me preocupa leer libros buenos, porque a mí los libros buenos me estimulan. Cuando yo leo un libro muy bueno termino con unas ganas enormes de escribir algo tan bueno como lo que he leído. Lo que es peor es leer libros malos porque entonces tiendes a rebajar la exigencia contigo misma y a pensar, si con lo malo que son los demás, para qué te vas a preocupar.

Eres amante del cine de Luis Buñuel y Fritz Lang, según me confiesas, ¿quiénes más influenciaron tu obra?

Mira, son muchos y muy diferentes. Yo creo que el primer libro fundamental para mí fue una versión en prosa para niños de la *Odisea* de Homero, que me regaló mi abuelo cuando hice la primera comunión. Fue el primero que leí en primera persona, ahí aprendí que se podía leer en primera persona en plural, que donde ponía Ulises yo leía nosotros, es decir Ulises y yo, entonces lo que le pasaba a él me pasaba a mí también. Con ese libro sentí con claridad la identificación con lo que estaba leyendo por primera vez.

Foto: Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, 2015





Foto: Secretaría de Cultura de la Ciudad de México, 2015

Me han influenciado muchos. Recuerdo, por citar un ejemplo, *Mujercitas* de Louisa May Alcott, que es un libro que leí de adolescente, medianamente bueno. Pero en especial recuerdo a Benito Pérez Galdós. Cuando descubrí su literatura me atrapó. Me encanta su manejo de personajes y que los ocupa como subsecuentes en diferentes novelas.

Tienes que regresar a esa España que reconquista su pasado con tus novelas, a seguir siendo un referente de la literatura española y a seguir marcando la trayectoria de los jóvenes escritores. ¿Qué consejo le das a los jóvenes escritores?

Cuando algún joven o alguno de mis amigos escritores me preguntan acerca de sus textos siempre tengo un consejo que parece contradictorio: que sean muy críticos consigo mismos. Si uno no es crítico consigo mismo, siempre quedará una sensación de vacío.

Esa misma sensación dejas ahora. Los labios apretados, ensimismada y, a la vez, la sensación de quien tiene una larga lista de tareas que cumplir: una de ellas, tomar un vuelo de regreso a España.

EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

Almudena Grandes
LA MADRE DE
FRANKENSTEIN

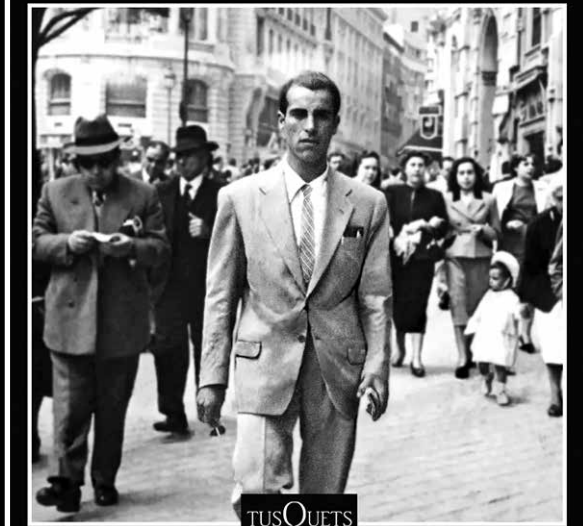
colección andanzas



EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

Almudena Grandes
LOS PACIENTES
DEL DOCTOR GARCÍA

colección andanzas



ALMUDENA
GRANDES
Atlas de geografía humana



ALMUDENA
GRANDES
Las edades de Lulú

MÁS DE 1.500.000
EJEMPLARES
VENDIDOS



El azar, la suerte y el empeño

URIEL DE JESÚS SANTIAGO VELASCO

Fotos cortesía de David Pérez Feregrino

Para el matrimonio de David Pérez Feregrino y Lola Izurieta la suerte es algo que se construye. "Tú pujas porque sucedan las cosas", me dicen mientras conversamos por video llamada. Lucen alegres; en los pormenores de la conexión, me cuentan que vienen de visitar Zona Maco, considerada la feria de arte contemporáneo más grande en América Latina, con más de 200 galerías de todo el mundo: es para ellos todo un agasajo donde se sienten como peces en el agua. "Nos encontramos a muchos amigos artistas como Sandra del Pilar y Cisco Jiménez, o la Galería Alfredo Ginocchio", narran emocionados.

Ellos se conocieron estudiando Arquitectura; las tribulaciones de la vida, o quizá la suerte, los hicieron coincidir en el mismo grupo y la misma generación (1972-1977) de la Universidad La Salle. A ambos les gustaba la clase de Historia del Arte, ir a museos, la pintura, la fotografía y la cerámica, cualidades en común que los llevaron a hacerse novios. Lola Izurieta nos dice que al principio eran más cercanos a la escultura, pero pronto se dieron cuenta de que el grupo de escultores era

muy pequeño y, además, de que este arte es más costoso, por lo que fueron ampliando su panorama a la plástica: "En aquel entonces conocimos a más pintores y nos dimos cuenta de que la plástica era más rica en la abstracción y la figuración, porque el catálogo es más amplio, siempre hay más artistas, más academias y más tendencias. Es maravilloso el mundo en el que estamos". Por su parte, David Pérez Feregrino nos dice que el coleccionismo no lo definieron sino hasta después de casarse y egresar de la universidad. Digamos que fue algo paulatino que ambos, desde su impávido interés, fueron construyendo.

Así surgió "Lotería de Artistas", un proyecto redondo al que dedicaron más de 20 años de trabajo. Inspirados por el clásico juego mexicano —que de niños muchos hemos jugado y nos ha hecho conocer desde temprana edad las dualidades de la suerte y del azar—, invitaron a 112 artistas de diferentes edades y trayectorias para intervenir las figuras clásicas del juego, reinventándolo desde la propia percepción de cada artista.

¿Antes de la universidad ya se imaginaban esta relación cercana con el arte o ahí la descubrieron?

David (D): Yo creo que se acentuó en la universidad, porque cuando estudias Arquitectura, ya desde antes tienes otro engranaje mental, y eso lo hemos descubierto en todas las profesiones. Los ingenieros tienen un engranaje mental, los contadores tienen otro, los médicos otro y los arquitectos otro. Hablando figurativamente, como que ya tienes un chip que te lleva a las artes, si hablas con un contador, él tiene otra manera de pensar y ver la vida. En la universidad, con los diseños y con clases como Historia del Arte, se va acentuando. Nosotros, cuando vamos a una ciudad, buscamos antes qué museos hay y así planeamos el viaje, entonces es como una alimentación que vas haciendo en tu vida.

Lola (L): Siempre hemos visitado museos, la persona que entra a un museo nunca sale igual; te puedo asegurar que si te haces un examen de sangre, ni la sangre ni tu cerebro van a estar igual que cuando entraste al museo. Sea el museo que sea, y ésa es una magia que



David Pérez Feregrino y Lola Izurieta





no se hace con cualquier vivencia, estar frente a una obra, ya sea obra maestra o cualquier arte, te produce una emoción y tu cerebro empieza a funcionar de distinta manera.

¿Cómo se fueron relacionando para hacer posible la "Lotería de Artistas"?

(L): Tenemos muchos conocidos, convivimos mucho con los artistas, son más de 100 los que están en la lotería, se dice fácil, pero son muchos. No es que giremos en torno a ellos, es que ése es nuestro mundo también, más claro no se puede explicar. Ojalá que lo que sentimos por el arte fuera tan contagioso como el covid-19.

(D): En la lotería están 112 artistas que son sólo una parte del grupo que conocemos. No incorporamos más porque ya no se iba a poder jugar, en realidad la lotería original tiene 54 cartas, nosotros pusimos 112, pudimos haber seguido, pero decidimos pararle.

Como los escritores que no terminaron el libro, simplemente le pusieron el punto final...

(D): Exacto, y nos está pasando lo mismo en otro proyecto que estamos haciendo que se llama "El artista y su erotismo". Pusimos el título porque el tema del erotismo es universal, está en todo el mundo, todos los países y todas las edades, es atemporal, no se acaba, surgió desde que empezó la vida. Lo que estamos haciendo es juntar a 52 artistas de México de diferentes edades porque nos gusta dar cabida a jóvenes que son muy talentosos y que sabes que van a llevar la batuta dentro de 30 o 40 años, pero también tenemos artistas con trayectorias ya consolidadas.

¿Por qué decidieron inspirarse en la lotería?

(D): Porque la tradición de la lotería se está perdiendo en México. Nosotros fuimos a recorrer muchísimas ferias

de pueblos y ya casi no se juega [dice con preocupación], a mí me tocó de niño que iba a los pueblos y se jugaba en las ferias, con música popular y todo. Ahora se está perdiendo, y lo que quisimos es recuperar un poco esa tradición.

(L): Además la lotería tradicional tiene un número determinado de figuras, esto nos motivó para actualizar las cartas con una creación de los artistas. La idea es que cuando la juegues no solamente te involucres con la figurita del tablero, sino con la forma en que fue hecha. Son dos horas que la pasas super bien viendo la lotería y escuchando cómo se canta cada una de las piezas, es la parte lúdica que le quisimos dar. Yo veo la exposición [dice emocionada] y digo: "Sí, nos tardamos 20 años, que fueron de pensar, de contactar a la gente, pero vale absolutamente la pena".

Aparte de la exposición también hicieron un libro de la "Lotería de Artistas". ¿En qué consistió?

(D): Nosotros le llamamos un proyecto redondo porque le pedimos una obra a los artistas, luego hicimos un libro con la obra reunida y con entrevistas a los participantes, la curadora del libro fue Graciela Kartofel, que vive en Nueva York. También contactamos al escritor Armando Ramírez, quien hizo los versos que se cantan cuando se juega, y buscamos a un compositor para que hiciera una cumbia norteña, porque en las ferias de México no se tocaba Mozart, sino esa música que te inyecta energía. Además, cuando la exposición se lleva a los museos, hacemos que la gente juegue y también se lleva premios.



¿Todas estas dimensiones hacen que trascienda su lotería?

(L): Exacto, y ésa es la parte inolvidable de una lotería. Como dice David, la lotería ya la conoces, pero aquí tienes la música, el azar y la tecnología porque, además, cada figura está animada, se mueve durante 20 segundos y las hicimos en holograma. Es como regresar al pasado, pero con algo distinto.

(D): Además esta lotería va dirigida exclusivamente al arte mexicano, es decir, el libro queda como un registro de 20 años donde estos artistas trabajaron su obra.

¿Qué sienten al ver a la gente interactuando con su proyecto?

(L): [Sonriente responde] Emoción porque ya camina solo, de repente la exponen en un museo y ya la quiere otro, es muy lindo porque va celebrando sus cumpleaños; es la misma lotería, pero diferente porque es otro museo y otro museógrafo que la hacen tener su propia vida alrededor, no necesitamos estar David ni yo. Dentro de diez años esa lotería va a seguir siendo vigente por el mundo que se construye.

Me hacen pensar que, más allá de ganar o perder, la suerte radica en la experiencia del juego. ¿Qué opinan?

(L): En la vida vienes a tener experiencias.

Como el tema de esta edición es la suerte díganme, para cada uno, ¿qué es la suerte?

(L): Es poder apreciar lo que tienes, y sentir que tienes suerte en lo que haces, en lo que te tocó. No ir a reclamarle a nadie, el simple hecho de estar en este mundo es maravilloso, y qué padre que aparte la pasemos bien. ¡Bienvenida sea la suerte!

(D): Yo diría que la suerte uno la hace, porque muchos dicen: "Nació con estrellita o nació torcido", pero tú vas construyendo tu mundo y tus sueños; tienes que luchar por conseguirlos. Que hay suerte que viene de repente, sí, son casos fortuitos, pero es mínimo. La suerte la fabricas, la anhelas, pujas por que sucedan las cosas.





La suerte de los libros

OFELIA LADRÓN DE GUEVARA

Hubo una época en que las ideas y los sentimientos sólo se decían con gestos y palabras que después de pronunciadas se perdían en el aire. Pero una planta acuática concedió a las personas lo inimaginable: rollos en los que detener con tinta estas palabras, inmovilizarlas para escuchar la vibración de su sonido por más tiempo. Ésta es la historia de un junco llamado papiro que nace en el río Nilo, en Egipto. Esta planta palustre es sólo el *había una vez* de una historia aún sin fin, que Irene Vallejo rememora en *El infinito en un junco*.

La obra está dividida en dos partes: “Grecia imagina el futuro” y “Los caminos de Roma”. En la primera nos sumergimos en la Biblioteca y el Museo de Alejandría, en ese sueño de hacer asequibles los libros del mundo, de ponerlos en un solo lugar y darles un orden, hasta aquella Atenas repleta de enamorados del discurso y las arengas. En la segunda parte, la historia de los libros se ve a la luz de las relaciones entre griegos y romanos: voces femeninas de la aristocracia romana que han sobrevivido a su época, esclavos filósofos y escritores —en exilio como Ovidio—, y en su contraparte los lectores ricos y la lectura en pergaminos, tablillas y rollos, esa relación con el libro a la que cada época da rumores y rituales distintos.

Sin embargo, pese a la cronología del mundo antiguo que sigue este ensayo, la autora dialoga con el presente. Ya ha dicho Liliana Weinberg que el ensayo sirve como puente entre mundos diversos, entre lo que no creíamos que podía habitar junto pero que, gracias a las palabras, nos muestra su fusión enigmática que deviene, se hace mundo. Aquí el mundo antiguo interactúa con el ahora y ambos se unen para dar voz a la historia de los libros.



Irene Vallejo
El infinito en un junco
Siruela/Debolsillo
México, 2021, 451 pp.

Irene Vallejo nos cuenta que la letra “E” proviene de un jeroglífico egipcio que representa a un hombre levantando los brazos, y que tiene el poético significado “da alegría con tu presencia”. Por eso, la actividad tan cotidiana de escribir esta vocal nos une a los fenicios, quienes, preocupados por la eficiencia de sus negocios y para prescindir de la paga de un amanuense, se apropiaron de los signos de los escribas y crearon una escritura propia.

Alejandro Magno anhelaba un mundo cosmopolita —nacido de ese otro sueño que tuvo Aquiles en la *Iliada*, y que llevó al macedonio a leer y a releer el libro (incluso al dormir lo ponía bajo su almohada con el deseo de que aquel sueño de palabras se convirtieran en la vida que él vivía)—. Se dice que Aristófanes de Bizancio sabía de memoria todos los libros de su región y de su época; su pasión desbordada, cercana a la de Alejandro, lo llevó a aprender cada verso y le atribuyó un rostro indistinguible a cada poema, como si el mundo de las letras fuera un mundo cosmopolita y paralelo al nuestro. Estos dos grandes personajes, a través de sus obsesiones, nos muestran que ni siquiera nuestros sueños son tan diferentes a los de la Antigüedad. Para citar un ejemplo contemporáneo basta leer en Borges “La biblioteca de Babel” y “Funes el memorioso”, cuentos que nos hacen sentir como propios estos sueños tan antiguos: el de tener una biblioteca en donde estén, simultáneamente, todos los libros y los pueblos y el tiempo y la memoria para hacerlos nuestros.

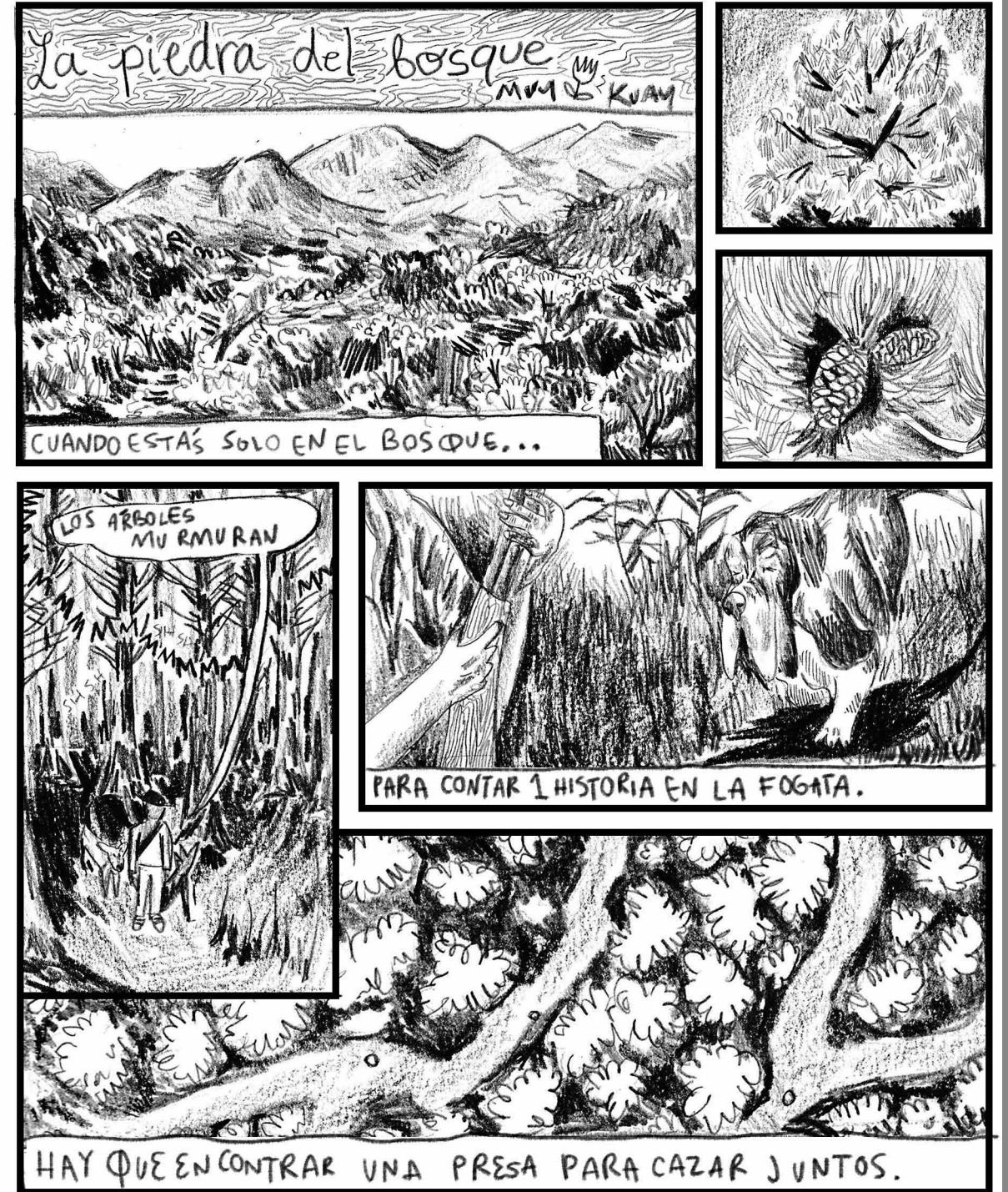
Con la lectura de *El infinito en un junco*, el mundo de estos objetos nos encapsula. Todo alrededor de ellos empieza a murmurar porque no sólo son un legajo entre pastas, son los bibliotecarios y los libreros, el ritual de caminar mientras se lee en voz alta o cuando, sentados en silencio, un mundo que no es el nuestro nos habita. Irene Vallejo nos acerca a este proceso sutil y complejo, a esta génesis a la que el asombro rodea porque, a pesar del fuego —la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, las varias quemadas de libros, de los libros prohibidos, las guerras y el exilio— es por suerte que ciertos libros, oficios, sueños y rituales hayan llegado a nosotros. Aquellos vendedores de libros a los que se les daba el nombre de *bybliopólai* y que por un dracma vendían rollos fuera del ágora, o Calímaco, quien fue el primero que organizó la literatura por géneros, o los amantes anónimos de la literatura son, sin saberlo, parte de este ahora de los libros.

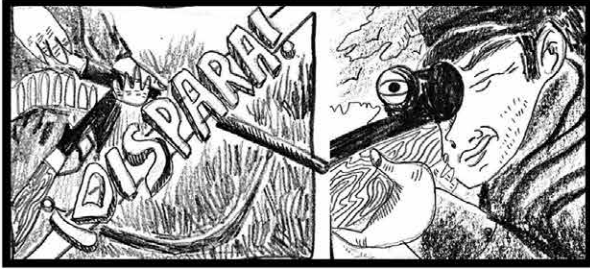
Que no cause alarma si en la lectura de este libro nuestros dientes muerden un lápiz —ese que tenemos como compañero de lectura para subrayar nuestras partes favoritas—, pues la resolución estética que da Vallejo a su ensayo —como lo es la traducción libre de textos antiguos— nos hace soñar, escuchar el pie de aquel griego que no conocía la lectura silenciosa y utilizaba su cuerpo como metrónomo

para entonar letra a letra un rollo, o sonreír cuando, al leer, nos miramos en la poeta de Pompeya que también aprieta algo con los dientes: un cálamo, mientras en una mano sujeta cuatro ceras y su mente forja un verso. La historia de los libros es tan antigua como contemporánea, Irene Vallejo lo demuestra una y otra vez.

Leer este ensayo es escuchar nombrar el mundo cosmopolita que soñó Alejandro Magno, que sin tiempo ni frontera está en cada biblioteca y en sus fieles peregrinos que entran en ella en busca de remanso. A modo de talismán nos aprendemos un verso, lo recitamos en las noches de insomnio o ponemos bajo la almohada algún libro predilecto. Los libros son esa patria que es muchas, e Irene Vallejo trae a sus fieles este ensayo, escrito desde la pasión de una amante de los libros, que nos llena de agradecimiento, de magia. Es asombrosa la suerte que rodea la historia de los libros. Ese milagro de ser frente al fuego del olvido. **P**

TINTA SUELTA





EL OLOR A SANGRE Y MONTAÑA



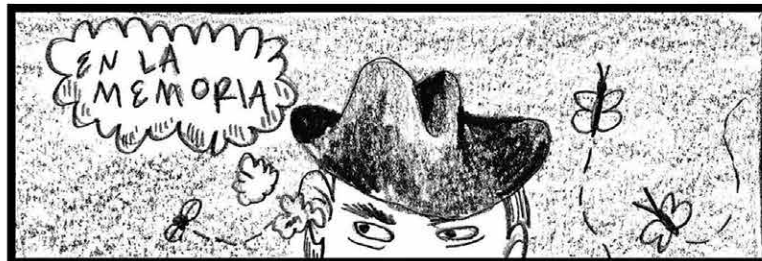
INVADE EL CUARTO



CUANDO CAZAS



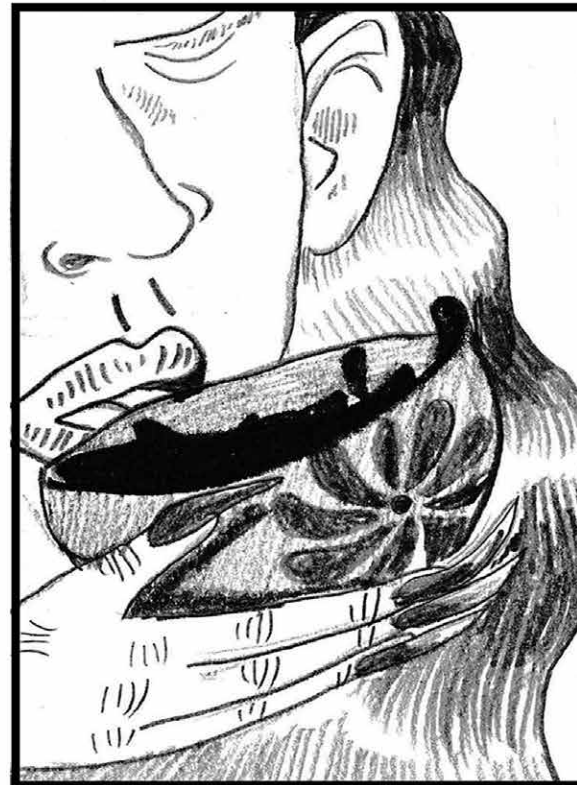
EL HEDOR SE QUEDA



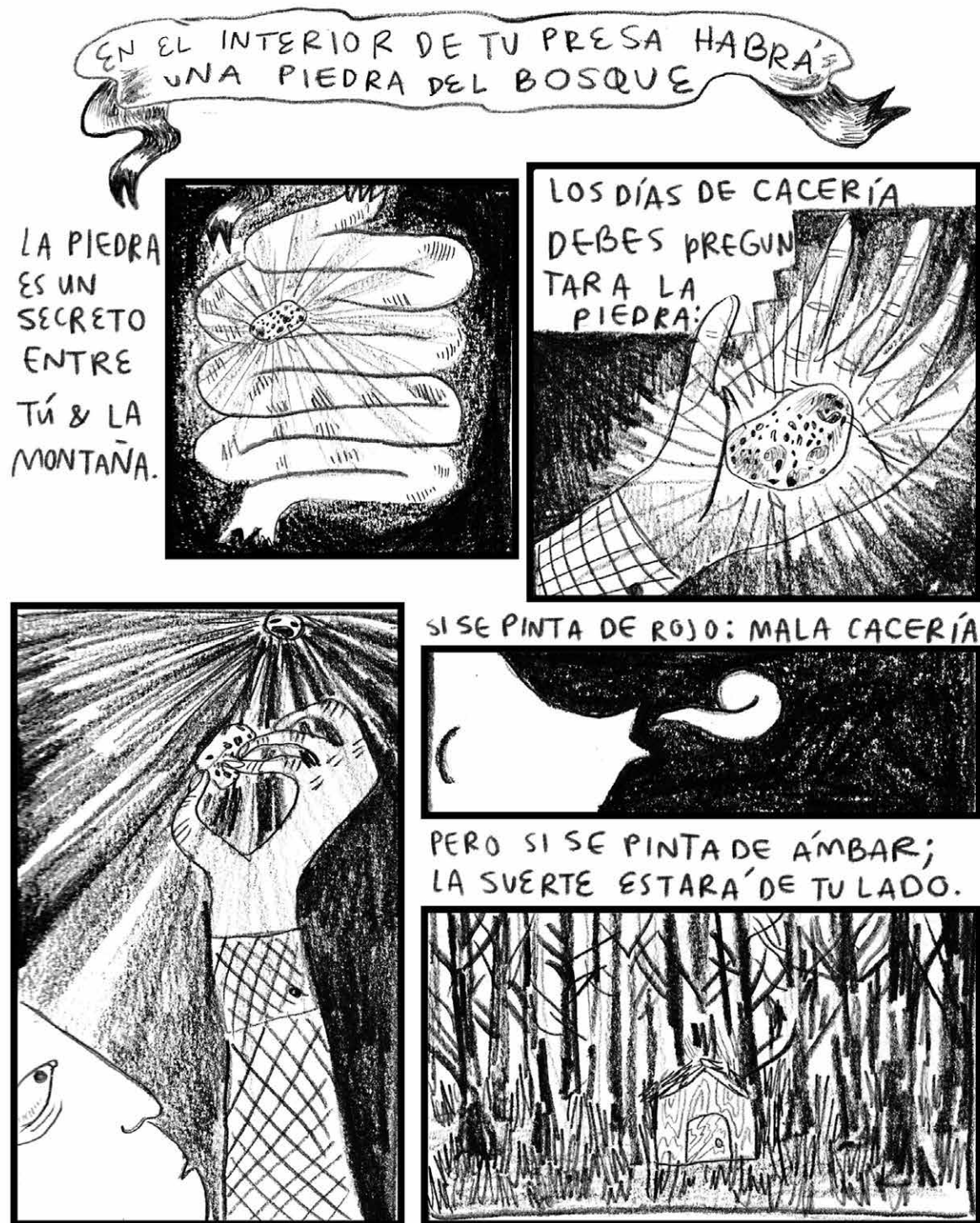
LA SANGRE HUELE A RÍO



LA GENTE LA BEBE PARA AUMENTAR LA VIDA



SI TIENES SUERTE Y CARA BLANCA TE ESCOGE



Erick Hernández Morales (Naucalpan de Juárez, 1987). Es traductor literario. Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM y el Diplomado en Traducción Literaria y Humanística (Ametli-CANIEM). Ha colaborado en *Punto de partida*, *Liebre de fuego* y *Pájaro azul*.



Sandra Valeria Rodríguez Cid (Zacatecas, 1992). Estudia la maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas en la UAZ. Licenciada en Psicología y en Letras por la misma universidad. Es parte de la IV edición de la antología de escritoras zacatecanas *Y son nombres de mujeres*.



Clemente Guerrero (Ciudad de México, 1990). Sus poemas forman parte de diversas antologías, revistas nacionales y extranjeras como *Este País*, *Tierra Adentro* y *Letralia*. Fue becario de la FLM en Poesía. Actualmente es becario del FONCA.

ClementeEscribe



Casandra Cruz Vázquez (Guanajuato, 1998). Estudia Letras Españolas en la Universidad de Guanajuato. Ha publicado en *El Gallo Galante*, *Soflama*, *gabinete de ensayos*, *Small Blue Library*, *Universo de Letras UNAM*, blog *Librópolis y Ágora*.



Pablo Hoz (Ciudad de México, 1995). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM. Es redactor de *Gastronomía y Cultura Oaxaqueña* en la revista *Quixe* y ayudante de investigación en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del COLMEX.



Ofelia Ladrón de Guevara (Xalapa, 1998). Cuentista y ensayista. Estudió Antropología en la UNAM. Ha publicado en el *Blog de los jóvenes* de la *Revista de la Universidad de México*, *La Guarida*, *Literatura de España y América Latina* y en *Punto de partida*.



Luis Fernando Rangel (Chihuahua, 1995). Escritor y editor. Autor de *Dibujar el fin del mundo* (2019) y *Corridos de caballos* (2021). Obtuvo el II Premio Internacional de Poesía Nueva York Poetry Press 2021 y el IV Premio Nacional de Poesía Germán List Arzubide 2020. Forma parte de *Sangre ediciones* y la revista *Fósforo*.



Leonor Courtoisie (Montevideo, 1990). Estudia el diplomado en Escritura creativa y Crítica literaria de la UNAM. Su obra *Duermen a la hora de la siesta* (2019) obtuvo el Premio Nacional de Literatura de Uruguay en Dramaturgia Inédita. Es autora de *Corte de obsidiana* (2017), *Todas esas cosas siguen vivas* (2020) e *Irse yendo* (2021).



Pablo Rodríguez (Xalapa, 1997). Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV. Fue becario del PECDA Veracruz (2020), de la FLM (2018) y del Festival Cultural Interfaz (2016). Ha publicado en *Periódico de Poesía*, *Punto de partida*, *Punto en Línea* y *Carruaje de Pájaros*. Actualmente es editor en el IVEC.

pablo.rod.r



Mar Adentro (Ciudad de México, 1988). Creadora escénica, escritora y comunicóloga. Licenciada en Ciencias de la Comunicación y en Literatura Dramática y Teatro de la UNAM. Estudió Creación Literaria en la escuela de la Sogem.

• COLABORADORES •



Mónica Vázquez-Sámano (Ecatepec, 1998). Estudiante de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la FES Acatlán. Ha publicado en *Tabaquería*, *Sin Tapujos*, *Poesía de Morras*, *Blog Librópolis*, *RITMO*, *Imaginación y Crítica* y *Punto de partida*. Ilustra ocasionalmente en el instagram:

Instagram: [@blaumohnblume_](#)
Twitter: [@urgandazul](#)



Eduardo Paredes Ocampo (Ciudad de México, 1989). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM. Cursa el doctorado en Literatura en la Universidad de Oxford. Ha publicado en diversas revistas nacionales e internacionales en español e inglés. Fue editor de la revista cultural *Romulus* en Oxford.



Uriel de Jesús Santiago Velasco (Oaxaca de Juárez, 2002). Ha publicado cinco libros sobre temas oaxaqueños. Es corresponsal del Seminario de Cultura Mexicana, estudia Antropología social en la ENAH y Ciencias de la comunicación en la FCPys UNAM.

Instagram: [@urieldejesus02](#)
Twitter: [@UrieldeJesus02](#)



Daniel Pérez Segura (Ciudad de México, 1993). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM. En 2018 ganó el segundo premio del XIV Concorso Internazionale di Poesia e Teatro Castello di Duino; y el segundo premio del Concorso 49 de Punto de Partida en Poesía. Ha publicado en *Punto en Línea*, *Campos de plumas* y *Literariedad*.



Carmen Macedo Odilón (Ciudad de México, 1987). Bibliotecóloga. Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM y de Creación Literaria en la UACM. Es parte de la *Cuarta antología de cuento de Escritoras Mexicanas*. Ha publicado en *Ágora*, *Palabrijes*, *Acuarela humanística*, *Zompantele*, *Nocturnario*, *Especulativas MX*, *Cuentística*, *Clan de letras Elementum* y *Círculo literario de mujeres*.



Ulises Flores Hernández (Ciudad de México, 1996). Estudiante de Comunicación y Periodismo en la FES Aragón. Ha ganado concursos de crítica cinematográfica, reseña y cuento. Fue beneficiario del FONCA (2018-2019).



Leonorah Izher (Nezahualcóyotl, 1996). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM.



Gael Montiel (Tultitlán, 1991). Es parte del primer Diplomado de Escritura Creativa de la UNAM. Su trabajo aparece en las antologías *Paisajes del Aislamiento* (2021) y *Pandemics* (2021), y en publicaciones como *Reforma* y *Tierra Adentro*.



Alondra Alonso (Ciudad de México, 2001). Escribe ensayo, poesía y cuento. Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM.

• COLABORADORES •



Cecilia Andrade (Ciudad de México, 1998). Estudiante de Ciencias de la Comunicación en la FCPys, del diplomado "Fotoperiodismo, foto-video documental y proyectos fotográficos" en la FAD y periodista en la 2ª generación de la Unidad de Investigaciones Periodísticas (UIP) de la UNAM. Redactora en *Voces de Quimeras* y *Obturador MX*.

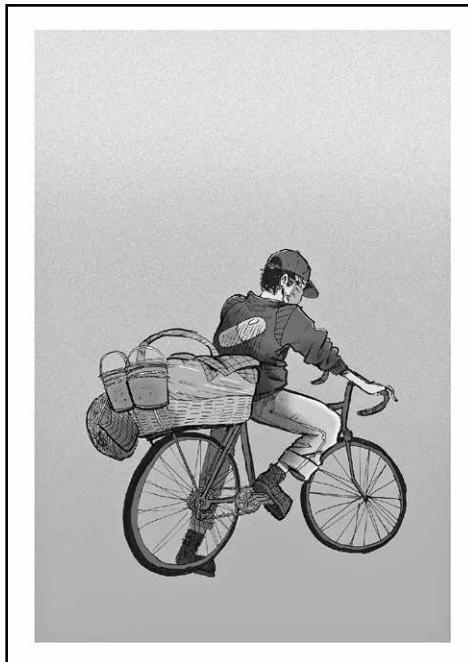
Instagram: [cc_andrad](#) Twitter: [@Luzceciliaan](#)
WordPress: [ceciliaandrade20018383.wordpress.com](#)



Darío Cortizo (Morelia, 1999). Estudió la licenciatura en Arte y Diseño en la UNAM. Desde 2020 ha trabajado como ilustrador y caricaturista en revistas literarias. Sus principales temas de interés son el absurdo y el subjetivismo.

Instagram: [dario_cortizo](#)
Twitter: [@dariocortizo1](#)

• COLABORADORES •



LIVO (Ciudad de México, 1996). Ilustrador, animador y gestor cultural de Los Frentes Iztapalapa con bachillerato trunco. Colaborador en *El Chamuco y los hijos del averno* y *Central de artistas tristes*.

Instagram: [livomalo](#)

Facebook: [Brian Martínez Livoight](#)



María Fernanda Quiroz Lora (Ciudad de México, 1998). Estudió Diseño y Comunicación visual en la FAD. Su trabajo se enfoca en la fotografía e ilustración.

Instagram: [mafqui](#)



• COLABORADORES •

TINTA SUELTA



Muy Kuay Nicolai Lee (Cuernavaca, 1993). Artista plástica y visual. Investigadora en pedagogías de las artes y maestra de Artes Plásticas y Cómic. Estudió la licenciatura en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda" y la maestría en Pedagogía del sujeto y prácticas narrativas en la Universidad Campesina Indígena. Colaboradora y cofundadora del proyecto y revista feminista *Señora Rabia*. Ha expuesto de forma individual y colectiva en México, Colombia y Rusia.

Instagram: [palomamuykuay](#)

Instagram: [procesos_pedagogicos](#)

Instagram: [merikei.rosita](#)

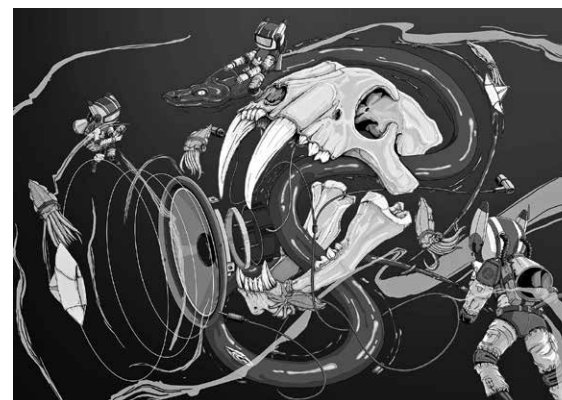


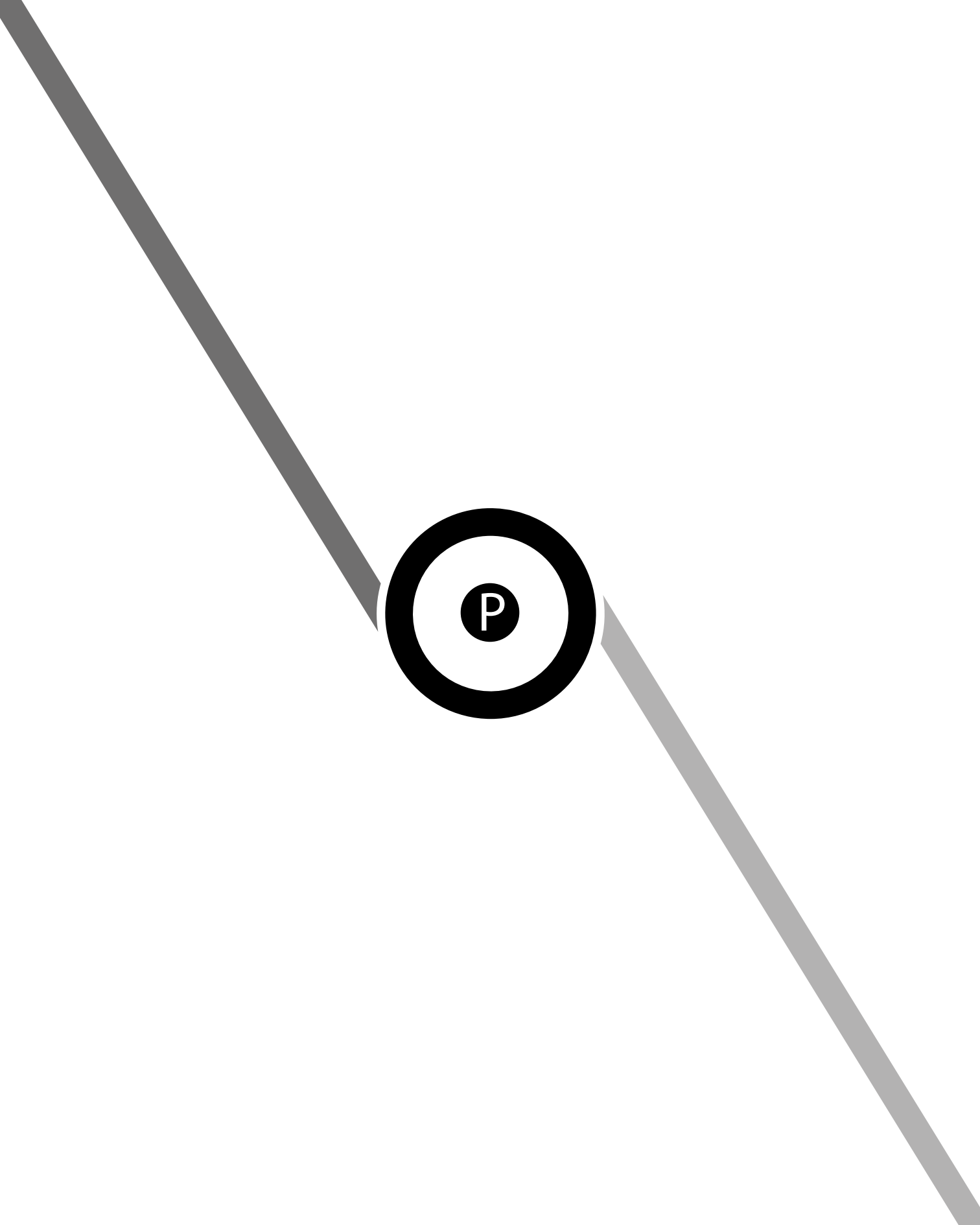
A CONTRALUZ



Punking 724 (Ciudad de México, 1989). Diseñador gráfico e ilustrador. Pasante de Diseño Gráfico por la FES Acatlán. Colaboró como diseñador editorial en El Colegio Nacional. Ganador del concurso Xico DC Shoes 2017. Obtuvo el tercer lugar en #YoursForTheTaking 2019 de DC Shoes. Participó en la exposición colectiva Gran salón contemporáneo 2021. Es diseñador y director de arte de *Punto de partida*.

Instagram: [punking.724](#)







Literatura y Fomento
a la Lectura UNAM

